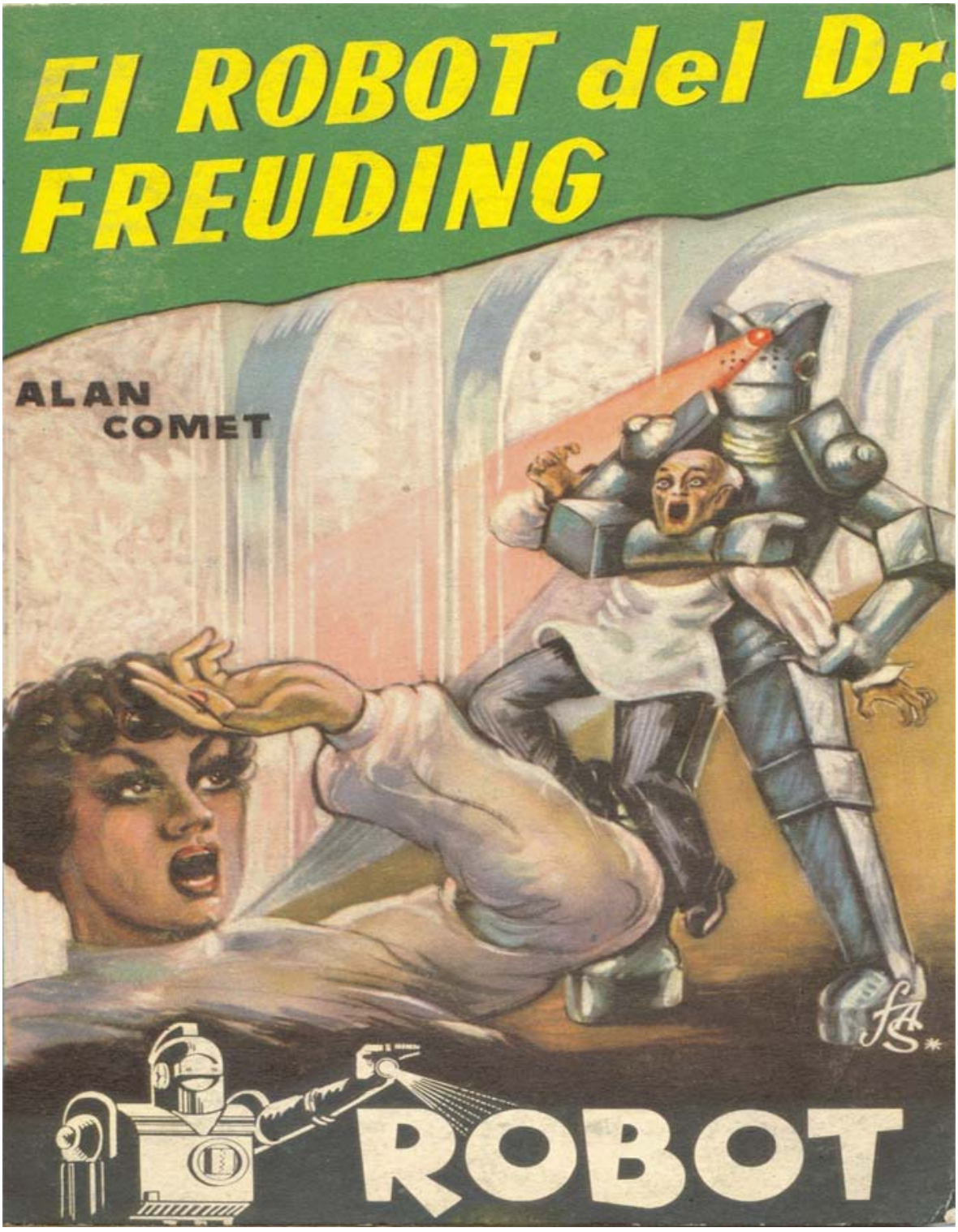
EL ROBOT DEL DOCTOR FREUDING
ALAN COMET



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A J. Hünerberg Anspacher, en prueba de sincera amistad.

Alan Comet

PROLOGO

Cuando la ciencia olvida la naturaleza de la esencia humana y se lanza a su propia aventura, ciega por su ambición y calmada de su egocéntrico sentir, el maldito se regocija y se complace en soplar en la locura de los hombres, la satánica llama que en ellos se ha encendido.

Entonces, las leyes ocultas de su maligno poderío entran en acción y la Naturaleza se plega a sus indomables caprichos. ¡Guay de aquél que no sepa identificar la carcajada diabólica en el mundo interno de sus propias confusiones! Sin embargo, hará el juego al enemigo y contribuirá a que la oscuridad de sus tinieblas se extienda sobre la tierra.

Sólo aquellos que sean capaces de sentir la íntima humildad de su existencia y que sepan detener la frenética carrera de su ambición de saber, cuando ésta llega al límite de lo posible..., podrán escapar de las ardientes garras del espíritu de las negruras.

Alan Comet

HORROR EN LA NOCHE

E L monstruo avanzaba en medio de la negrura de la noche. Su monumental silueta se destacaba, a veces, en el recorte luminoso de la luz de la luna, cuando ésta vencía la densa capa de nubes que cubría el cielo. Sólo entonces, en el marco inequívoco y difuso de luces y sombras, la figura del monstruo metálico refulgía como la de un gigantesco marciano que acabase de descender sobre la superficie de la Tierra en uno de los fantásticos aparatos para viajes intersiderales.

Ningún sonido brotaba de las formidables articulaciones metálicas de aquel extraño ser. Tan sólo cuando sus enormes pies se posaban sobre una rama caída en el suelo, la trituración sonaba, con un ruido apagado como algo que se ahoga bajo una superficie demasiado enorme para no ser pulverizado.

Aquella inusitada figura super-humana, completamente lisa, como el metal de que había sido construida, emitía una luz verdosa que brotaba de una lámpara que se entreveía a través de su enrejada frente. Aquella luminosidad variaba constantemente de intensidad, llegando, a veces, a lanzar verdaderos destellos potentes que iluminaban, con cierta intensidad, lo que se encontraba ante él. .

Había quedado bastante atrás el viejo, desmantelado y enorme castillo de Landsberg, y el camino que seguía aquella extraordinaria criatura conducía directamente a las márgenes del lago Ammer, junto a la desembocadura del río Amper. Todo el característico paisaje bávaro rodeaba al monstruo como una palpable prueba de la fuerza que la Creación tenía en aquellos lugares.

El camino estaba bordeado por un bosque de milenarios y enormes árboles, cargados de fronda, que parecían arroparlo de los vientos que movían las ramas más altas. Al mismo tiempo y cuando la luz de la luna llegaba a filtrarse entre las hojas, un enrejado de penumbra contribuía a hacer más misteriosa la marcha del ser metálico cuya especie de ojo luminoso perforaba, de vez en cuando, las tinieblas.

La soledad, por aquellos parajes, era absoluta. En aquellas turbias horas de la madrugada, tan sólo un grupo de pescadores, se disponía a aparejar sus pequeños barcos en las orillas del lago Ammer. Todo, en el paisaje, poseía un aire bucólico y tranquilo en una paz maravillosa que compartía plenamente la Naturaleza.

El hombre metálico proseguía su marcha como si entre su extraña intimidad y el mundo exterior se hubiesen roto todos los lazos y fuera de él no existiesen más que las vagas imágenes de física pura que le llegaban. En efecto, sus órganos sensibles percibían una serie de sensaciones que, en su totalidad, le proporcionaban una idea del mundo que le rodeaba que hubiese hecho enloquecer al hombre más preparado y de más fuerte ánimo.

Todo era percibido por aquella rara criatura como vagas sensaciones de relieve eléctrico que le procuraban una especie de horizonte de intensidades variadas en su complejo cerebro electrónico. Sin embargo, poseía algo ventajoso sobre los hombres. Careciendo de responsabilidad anímica, sus "deseos" eran el único objetivo de su existencia y, por el momento, después de haber escapado del castillo de Landsberg, su atención, guiando su marcha, le llevaba hacia el lugar del que le llegaban las conocidas vibraciones que emitían los seres vivos.

Una persistente curiosidad se había despertado en él. De vibraciones humanas, no conocía más que las del profesor Freuding, su creador y algunas otras que le habían llegado a través de las entreabiertas puertas del laboratorio de su señor y amo. Por ello, al sentir ahora los efluvios que impresionaban sus sensibles células foto-eléctricas, sentíase atraído irrevocablemente por su ciega curiosidad de hombre-máquina.

Marchaba deprisa y a grandes zancados como si de siempre hubiese conocido el comino que conducía, a los bordes del lago. Lo que más chocaba, cuando la luz de la luna le hacía vi-

sible, era su enorme estatura al compararlo con los, objetos vegetales que bordeaban el camino. Debía superar los tres metros de envergadura y lo dilatado de su tórax metálico y brillante, hacía pensar irremediablemente en una formidable fortaleza de la que daban también idea, sus colosales brazos terminados en una mano en la que la sustancia plástico que formaba sus dedos, daban un catar negruzco y de aspecto pastoso.

A la velocidad que se movía, y dadas las dificultades de un camino de herradura, sinuoso y que contorneaba prudentemente las curvas de nivel, su marcha no dejaba de ser prodigiosa, ya 'que avanzaba a más de cuarenta kilómetros por hora. Sólo una máquina tan maravillosamente construida como aquella era capaz de correr sin el menor tropiezo a una velocidad que para cualquier ser vivo hubiese sido imposible por aquel sendero montañoso.

A medida que se iba acercando al lago, una especie de prisa le iba obligando a aumentar de velocidad. Diríase que las emanaciones que brotaban del grupo de pescadores iban despertando en el monstruo una serie de apetencias cada vez más intensas. La premura de su marcha fué disminuyendo paulatinamente cuando finalmente se encontró ya en las cercanías del lugar en el que los pescadores se disponían a aparejar.

Entonces, como si en el interior de su maquinaria se hubiese despertado un especial recelo, se detuvo ocultándose como lo hubiese hecho cualquier criatura humana que desease sorprender a los pescadores. Oculto detrás de la maleza, su ojo luminoso perdió intensidad lumínica, tomando un tono rojizo que se fué intensificando gradualmente.

Si el profesor Freuding hubiese observado aquella escena, su preocupación hubiese aumentado al saber interpretar el sentido de la _luz roja en el ¨ojo¨ del robot. Hacía muy poco tiempo que el sabio se había percatado de que aquella tonalidad correspondía a algo que podía compararse con la cólera humana. Una especie de furia electrónica se despertaba en el robot, sin que el propio Freuding pudiese, por el momento, hallar una explicación plausible para ello.

De todas formas, el profesor Freuding dormía tranquilamente a aquellas horas, sin sospechar ni por un solo instante, que su robot había conseguido escapar del sótano del laboratorio en el que estaba encerrado...

Los pescadores, cuatro en total, todos jóvenes, se disponían a lanzarse al lago con la esperanza de conseguir una pesca tan excelente como la que lograban habitualmente en aquellos excepcionales parajes.

En forma alguna podían imaginarse que cerca de allí un monstruo, como jamás podían concebir, les acechaba con unos propósitos que ni el mismo robot hubiese podido discernir. En efecto, en el cerebro electrónico de aquella extraña criatura, los sentimientos de cólera que testimoniaba la luz rojiza, no tenían, por el momento, una conclusión- lógica, aunque no tardarían en poseerla.

Las redes habían sido colocadas ya al borde de las cubiertas de estribor y babor y. los hombres se disponían a soltar las amarras y hacerse a la mar. Fué precisamente en aquel instante cuando la luz rojiza del robot alcanzó una fuerte intensidad.

Cuando el robot se lanzó en una terrible carrera hacia la embarcación, los pescadores iniciaban su marcha. Uno de ellos, con el agua hasta la parte superior de sus altas botas, empujaba la embarcación para que la quilla no se quedase presa en el fondo arenoso de la orilla.

Aquella dificultad fué, exactamente, lo que causó la desgracia de los pescadores. La primera sensación que tuvieron del peligro que se les echaba encima, fué el espantoso ruido que parecía provenir de algo gigantesco que entrase en el agua. Extrañados, volvieron la cabeza miran-do hacia la orilla al tiempo que sus ojos se desorbitaban hasta parecer quererse salir de sus órbitas.

-¡A los remos!—gritó uno de ellos.

Pero, todos sus esfuerzos fueron completamente inútiles. El robot parecía moverse en el agua con la misma tranquilidad que en tierra firme. Había en él algo de demoníaco que aplas-

taba lo humano con una potencia que los hombres no alcanzaban a discernir.

Uno de los pescadores iba armado: Al ver a aquella especie de extraña criatura que se lanzaba ciegamente sobre ellos, sacó su pistola, disparando el cargador entero contra el monstruo metálico que avanzaba incesantemente, con agua hasta sus rodillas, en un lugar en el que el nivel del lago hubiese llegado al cuello de cualquiera de ellos.

Las balas chocaron contra la coraza brillante que formaba el tórax del monstruo. Este, a pesar de que los proyectiles rebotaron sencillamente en el metal, pareció acusar los golpes, ya que la luz roja que brillaba en su frente aumentó de intensidad hasta parecer una llama que surgiese del enrejado que le cubría. Impetuosamente, el hombre mecánico seguía avanzando hasta que llegó junto a la barca en la que los cuatro hombres hacían lo imposible por bogar velozmente.

Entonces, ocurrió lo inevitable...

El primer hombre que atrapó el robot fué el que empujaba aún la embarcación. Entre las poderosas manos articuladas del monstruo, los huesos del marinero sonaron como si dentro del cuerpo de aquel desgraciado se hubiesen roto cien bastones distintos, El hombre lanzó un alarido de terror que erizó los cabellos de sus compañeros. Con un esfuerzo sobrehumano, intentaron bogar desesperadamente para alejarse de aquellos lugares.

Pero el robot, después de haber lanzado como algo inútil el desarticulada cuerpo de su primero víctima, lanzase en persecución de la pequeña nave y la alcanzó en pocos segundos.

Los marinos, a golpe de remo, intentaron librarse del ataque furioso del hombre-máquina. Este, con simples movimientos de sus brazos, rompió los remos como si hubiesen sido construidos en cartón. Luego, de un gesto rápida, hizo que la nave zozobrase apoderándose sucesivamente de los hombres que la pilotaban.

Afortunadamente, la agonía de aquellos desdichados duró muy pocos instantes. Con la columna vertebral rota, a los fuertes manotazos del monstruo, sus espeluznantes alaridos de muerte fueron los únicos signos sonoros de su triste suerte.

El robot, después de realizado su “masacre” —el todo duró bastante menos de un minuto contempló, si así podio decirse, los cuerpos flotantes de sus víctimas. Luego, al tiempo que la luz frontal se iba tornando en un verde suave, salió del agua empezando a caminar por el sendero que había utilizado para llegar al lago.

Durante cerca de una hora, marchó con paso automático mientras la luz de su frente permanecía casi apagada. Aquello significaba que su actividad "mental" había disminuido notablemente y que su organismo no tenía, por el momento, objetivo alguno.

Al llegar a las proximidades del castillo de Landsberg, el robot se detuvo y levantando la enorme cabeza cuadrada pareció mirar hacia las viejas almenas del edificio que se recortaba limpiamente en un fondo rosado que pintaba el amanecer. La luz frontal aumentó de intensidad y después de lucir en su natural color verde, tomó, paulatinamente, una 'tonalidad cada vez más azul.

El color azul, dentro de las formas de expresión del robot, significaba miedo. Un "miedo" que ninguna psicología podría explicar satisfactoriamente. Un "miedo" puramente eléctrico, pero, que so pesar de ello, poseía una cierta equivalencia con la sensación humana conocida por el mismo nombre.

En el complejo interior del cerebro electrónico del robot, acababa de recibirse una idea asociada con lo imagen del castillo que el hombre Mecánico estaba recibiendo en aquellos instantes a través de su célula fotoeléctrica. Inmediatamente, las conexiones que albergaba su metálica cabeza, respondían a algo inexplicable que solamente podía traducirse al "recuerdo" dé la personalidad ondulatoria del profesor Freuding.

Para aquel monstruo, el profesor representaba la sola idea superior a su propio concepto ciego de omnipotencia. Era lo único que podía despertar en él algo parecido a un temor respetuoso en los humanos. Porque, todo aquel miedo inorgánico del robot se basaba en la experiencia del formidable "paralizador" de actividad electrónica que poseía el doctor

Freuding.

Al mismo tiempo que la luz azulada hacía patente su "miedo", el robot, por un mecanismo semejante al de los seres humanos en los que el terror paraliza toda reacción de defensa, permaneció inmóvil sin llegar a encontrar el resorte que le sacase de aquel marasmo mecánico.

Durante todo el resto del amanecer el hombre de metal permaneció quieto con la única actividad de su lámpara frontal que seguía emitiendo una luz siempre azulada. Por fortuna para él, los caminos que llevaban hacia el castillo se hallaban, casi siempre, muy poco frecuentados, ya que la gente que habitaba el poblado de Landsberg asociaba, desde hacía muchos siglos, la imagen del castillo con horribles temores supersticiosos de los que era muy difícil desposeerlos por completo.

Fué el propio profesor Freuding el que, al salir o dar su paseo matinal a caballo, sorprendió a su extraña criatura junto al camino. Momentáneamente asustado, el caballo fué el que le previno de la singular presencia del robot, el sabio se tranquilizó un tanto al ver el color azulado que emitía la luz frontal del artefacto.

Rápidamente, volvió al castillo para apoderarse de su ¨paralizador" que era la única arma de que disponía para poder mandar en aquella creación suya de la que estaba ya bastante inquieto.

Algo más tarde y ordenando al robot los movimientos por medio de aquel aparato que paralizaba la "voluntad" electrónica del monstruo, el profesor Freuding consiguió llevarle hasta los sótanos del laboratorio, contemplando con horror los destrozados barrotes que el hombre mecánico había destrozado como si se tratase de astillas de madera.

Después de conducir al robot a una nueva celda, donde lo dejó provisionalmente, dirigióse hacia el lugar del que había escapado, contemplando con estupefacción los destrozos formidables que allí había hecho. Un muro de más de cincuenta centímetros de espesor había sido perforado como si una formidable catapulta hubiese estado percutiéndolo, impelida por el esfuerzo de una docena de hombres fornidos. Además, la verja de hierro, de enormes dimensiones, ofrecía un aspecto aún más desolador que el propio muro. Las gigantescas barras metálicas estaban ahora dobladas y retorcidos como si uno explosión potente hubiera estallado sobre ellas.

El profesor Freuding, con el entrecejo fruncido, observaba los desperfectos causados por aquella criatura cuya creación, en un principio, le causó un incomparable placer y una sensación de completo y definitivo triunfo.

Pero ahora, es decir, desde hacía un cierto tiempo, el miedo había nacido en el corazón del sabio, al observar ciertas inesperadas reacciones en el organismo metálico de su invención. Si no hubiese sido por la ambición de demostrar al mundo que había logrado formar lo más perfecto en el campo de la cibernética, que se había hecho hasta entonces, hubiera destruido el robot, pues su privilegiada inteligencia le estaba poniendo en guardia sobre futuros y desconocidos peligras.

Ahora, al comprobar que aquella máquina, de vago-aspecto humano, se había escapado, no sabía dónde, sus ideas pesimistas volvían a obsesionarle de una manera cruel. De todas formas, no podía permanecer indefinidamente mirando los destrozos hechos por el robot. Era el aniversario de su hija Enma y aquel día deseaba descansar completamente, además de que los invitados empezarían a llegar mucho antes del mediodía.

Pensó que lo más prudente sería dejar a la puerta de la nueva prisión del robot su aparato "paralizador". Sabía que tal cosa fatigaría enormemente los mecanismos del hombre electrónico; pero prefería reparar lo que fuese antes de pasar un día intranquilizado con la única idea de lo que haría la extraña criatura en el fondo » de los sótanos del castillo.

"Tengo que tener mucho cuidado con él" —pensó.

Avanzando de nuevo hacia el lugar en el que acababa de encerrarle, dejó el aparato "paralizador junto al umbral de la descomunal puerta. Luego, encendiendo la luz de la extraña mazmorra, penetró en el interior para echar la última ojeada al monstruo.

Este, en pie, levantando su formidable estatura sobre la del profesor, que parecía un pigmeo a su lado, permanecía completamente inmóvil emitiendo, como desde hacía tantas horas, una luz azulada por su lámpara frontal.

"No quiero hablar con él"—pensó Freuding—. "Sólo es apto para las matemáticas y no ha hecho sino balbucearlas veces que he intentado decirle algo."

Fué entonces cuando reparó en uno serie de manchas oscuras que ocupaban parte de las piernas del robot. Intrigado y sirviéndose de las uñas, arañó la superficie metálica hasta comprobar de lo que se trataba.

—¡Sangre humana! —exclamó horrorizado.

En aquel momento, el' robot movió velozmente uno de los brazos, el que estaba precisamente al lado del profesor, al tiempo que la luz azulada se enrojecía rápidamente.

Algo intuitivo debió prevenir o Freuding que se salvó por verdadero milagro de que su cráneo fuese aplastado por aquella formidable garra. La mano metálica pasó rozando la cabeza del sabio que, de un ágil salto, se había separado lo suficiente para evitar una muerte cierta. Luego, sin pensarlo más, atravesó lo puerta cerrándola con premura a su espalda.

El robot avanzaba decididamente contra ella... Arrodillándose, el profesor oprimió el botón que incrementaba al máximo la actividad del "paralizador". Después, por la mirilla de la puerta, lanzó una medrosa oleada al interior de la estancia.

El robot, incapaz de resistir las fuertes emanaciones del "paralizador" se había desplomado, con un estrépito enorme, sobre el suelo de su celda. Su bombilla frontal se había apagado por completo.

26

ENSUEÑOS Y AMENAZAS

FRAU Krol respiró ansiosamente el aire embalsamado del jardín. Como toda buena berlinesa, sentía una fuerte atracción hacia la naturaleza de la que, desgraciadamente y por culpa de las ocupaciones de su esposo, gozaba de muy tarde en tarde. Hasta aquel momento, la obesa frau Krol se limitaba a llenar sus voluminosos pulmones de las esencias de los bosques que rodeaban el castillo. Terriblemente miope, llevaba los impertinentes suspendidos al final de una cadena de oro que rebotaba sobre su exuberante torso al compás de sus comedidos pasos. La espigosa frau Hoyningen caminaba a su lado en un respetuoso silencio.

—Sólo cuando salgo de Berlín—suspiró frau Krol—me percato de todo lo que nos perdemos los que habitamos en la ciudad. Yo no entiendo nada de civilización; pero, el atavismo de mis mayores, que vivieron y murieron en plena Selva Negra, debe empujarme hacia el bosque con una fuerza irresistible.

Frau Hoyningen hizo una mueca antes de ofrecer a su acompañante el comentario que deseaba hacer.

—También llega a cansar tanta naturaleza. Si he de serle sincera, la ciudad me atrae de una manera constante. Los que vivimos aquí, en plena Baviera, sentimos la nostalgia de las grandes ciudades, a donde desdichadamente, vamos muy poco.

La gordinflona frau Krol se abstuvo de comentar aquella respuesta que la convencía muy poco, Hábilmente y para no discutir sobre una cosa en la que no admitía otro punto de vista que no fuera el suyo propio, desvió lo conversación:

—Hace ya un año que no veo a la pequeña Enma. ¡Debe haber cambiado mucho!

—Bastante. Lo, suficiente para que el adjetivo "pequeña" no le venga tan bien como antes.

Librodot

—¡Siempre ha sido una muchacha encantadora!

—Desde luego—convino su interlocutora—. De todas formas se va volviendo tan testaruda corno el profesor.

—Quizá sea una verdadera ventaja el serlo. Las mujeres de nuestros tiempos no han podido hacer gala de una voluntad que considero necesaria en las líneas del matrimonio.

Aprovechando la miopía de su compañera, frau Hoyningen miró con dureza a su acompañante. No estaba convencida del uso de aquel "nuestro tiempo" que le recordaba algo tan molesto como su verdadera edad.

—No me parece muy conveniente su punto de vista, amiga mía. En este final del siglo, la femineidad no es una cosa de la que las jóvenes puedan enorgullecerse

—¡Alguien se acerca!—cortó frau Krol, cuyo oído suplía con ventaja la debilidad de su vista.

En efecto, un joven alto, de aspecto agradable y de proporciones atléticas, caminaba hacia la pareja de mujeres que se habían detenido para esperarle.

Frau Krol se había apoderado de sus impertinentes y colándoselos observaba la silueta del joven mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa que expresaba su satisfacción.

—¡Buenos días, frau Krol! ¡Buenos días, frau Hoyningen!

El recién llegado se inclinó ceremoniosamente, besando las manos de ambas damas.

—¡Te encuentro tan guapo como siempre, Henrich!—cacareó la gruesa.

—Enma sabe lo que hace...—agregó la otro,

El joven, como le solía ocurrir al encontrarse con aquellas viejas arpías, sintióse molesto ante las observaciones que le hacían. Impaciente, miró por encima de las cabezas de las dos mujeres, descubriendo el camino vacío que venía des-de la tasa hasta aquel lugar del parque.

Frau Hoyningen interpretó perfectamente aquel gesto de impaciencia.

—Tu novia no ha salido todavía. Nosotras tampoco la hemos visto...

—Debe estar vistiéndose para la comida—frau,

Krol suspiró vehementemente—. ¡No todos los días se cumplen veinte años!

Hemrich empezaba a estar harto de las dos comadres. Comprendía perfectamente que los esposos de aquellas mujeres se dedicasen arduamente a tareas científicas que les permitiesen permanecer encerrados en sus laboratorios el mayor tiempo posible.

"Si tuviesen que vivir con ellas—pensó—acabarían volviéndose locos."

Insensiblemente, había logrado que las dos damas se dirigiesen, en su compañía hacia el castillo. Prefería mil veces conversar con sus maridos hasta que Enma pudiese dedicarle algunos minutos antes del almuerzo.

Mientras caminaba, detrás de las dos "frau" que charlaban animadamente de cien cosas distintas, Henrich Wolfgang contemplaba lo silueta siniestra del castillo de Landsberg. Las altas y picudas torres, actualmente abandonadas, se recortaban siniestramente sobre un cielo d? una pureza extraordinaria, formando un contraste que causaba en el corazón del joven un cierto malestar.

Henrich pertenecía a una generación que estando próxima a asistir a la muerte del siglo XX, entreveía ya lo que, años antes aparecía como un futuro repleto de dulces promesas para la humanidad. Quizá los avances de la técnica y el orgullo de convivirlos había acentuado en la joven generación a la que pertenecía Wolfgang una especie de recelo, no exento de desprecio, hacia todo aquello que representaba sobre la Tierra épocas pasadas y mal conocidas.

En realidad, Henrich detestaba profundamente todo lo que se refería a la Edad Media. Íntimamente, asociaba el medioevo a algo qué obligatoriamente había pasado la humanidad para llegar a los tiempos modernos. Un puente o, quizá más gráficamente para él, una especie de enfermedad colectiva que, por fuerza, hubo de pasarse, de idéntica forma que el sarampión debe ser sufrido por los niños...

Todo ella nacía de la profesión de Wolfgang. Periodista desde que tenía uso de razón, el

trepitar de la época en que vivía, repleta como ninguna en acontecimientos y con la amenaza de la Tercera Guerra Mundial, desde que había terminada la Segunda, la historia del pasado contaba muy poco para los que, como él, corrían vertiginosamente arrastrados por una palpitante vida de actualidad.

La caza de noticias y el ambiente movido y tirante del mundo le separaban definitivamente de toda clase de enseñanzas que no fuesen las del momento que vivía. Su horror hacia el pasado brotaba naturalmente de aquella insuficiente formación cultural a la que se había visto obligado a adaptarse para poder abrirse un camino en una profesión en la que sólo contaba el momento presente en un "hoy" que no admitía mirar hacia atrás.

Dentro de todo, Henrich se consideraba completamente feliz. Había luchado y vencido, llegando a ostentar un importante cargo en el "Europa-Zeitung" que seguía siendo la principal publicación de Alemania occidental. Su firma se cotizaba bien y ton sus veintisiete años, podía mostrarse complacido del camino que había logrado recorrer.

Al llegar a la escalinata que conducía a la entrada del castillo, Herr Krol, acompañado del profesor Freuding y del otro invitado, Herr Hoyningen, se acercaron precipitadamente hacia el grupo.

Henrich saludó a los acompañantes de su futuro suegro qué, inmediatamente, cayeron en las "deliciosas redes" de sus respectivas esposas. Aprovechando aquella venturosa coyuntura que le libraba de las viejas arpías, el joven se dedicó al profesor.

—¿Cómo van esos trabajos?—inquirió con una sonrisa.

El rostro de Freuding expresaba una seria preocupación; sin embargo y haciendo un esfuerzo, logró sonreír.'

—¿Es una pregunta de periodista o de futuro hijo político?

—Es muy difícil separar lo uno de lo otro, profesor—repuso el joven—. Ser periodista constituye una segunda naturaleza de la que difícil-mente puede uno escapar...

—De todas formas, contestaré a tu pregunta. Y si ésta, como no dudo en absoluto, se dirige al robot, he de decirte que las cosas van, aún, muy despacio. No he logrado lo que deseaba y mi hombre-máquina sigue en un estado de in movilidad que no acierto a explicarme.

Freuding hablaba muy despacio, procurando pensar sus palabras antes de pronunciarlas. La imagen de aquellas manchas de sangre descubiertas sobre el robot; la huída del hombre-electrónico; lo que hubiera podido hacer y la terrible y espantosa rebeldía que había observado en él, le impelían a ser prudente en sus manifestaciones.

Se percataba de que la situación se iba a colocar definitivamente en su contra y que si no obraba con toda prudencia, el experimento .en el que había puesto todas las ilusiones de su vida, se vendría abajo como un frágil castillo de arena. Era absolutamente necesario que obrase con la mayor prudencia para que nadie pudiese advertir que el robot había abandonado el castillo aquella pasada noche.

Por el momento y para escapar a las posibles preguntas embarazosas de Henrich, prefirió dar un brusco giro a la conversación.

—Enma no tardará en bajar: No puedes imaginarte lo contenta que está... Para mí—añadió suspirando—es cuanto poseo y por eso deseo que sea completamente feliz. Su madre...

Wolfgang dejó que cayese sobre él el torrente de palabras y recuerdos del profesor. Comprendía perfectamente que no era el momento adecuado para insistir acerca del robot. Algo debía haber pasado para que Freuding eludiese las respuestas y se lanzase a una conversación que el joven había oído al menos un par de docenas de veces.

Todo el mundo sabía la calidad de los trabajos que realizaba el profesor Freuding y la prensa había hablado repetidas veces de aquel robot que el sabio estaba construyendo. Pero, salvo algunas fotografías parciales que los periódicos habían publicado, junto a breves comentarios del sabio, el robot no había sido visto por nadie. Aquel misterio no preocupaba, en realidad, mucho, ya que sabía que en el próximo Congreso de cibernética, que sé celebraría en Berlín, el profesor Freuding había prometido formalmente presentar su maravilloso hombre-máquina.

Henrich, mientras escuchaba de un oído distraído la banal conversación de su futuro padre político, intentaba lograr una imagen de aquella máquina electrónica que estaría oculta en algún lugar profundo del castillo. Como periodista, la atracción de ser el primero en publicar un reportaje sensacional sobre el robot, le tenía preso desde hacía mucho tiempo. Y no, era que dudase en que Freuding le concedería la primera entrevista, antes de trasladarse a Berlín. No obstante y como buen psicólogo, adivinaba que las cosas no iban ton bien corno podía esperarse.

La radiante llegada de Enma alejo de su cabeza todas las ideas pesimistas y hasta la existencia del robot. Después que la joven hubo besado a su padre y saludado a los invitados, Wolfgang se apoderó de su brazo, alejándose por el jardín hasta que la campana diese la señal de que el almuerzo estaba servido.

Enma Freuding era el resultado de una maravillosa mezcla de razas que habían hecho de ella una deliciosa criatura. Su aspecto, al primer golpe de vista, la hubiese hecho parecer italiana y allí estaba, en efecto, la herencia de su madre que había nacido en Nápoles.

Su larga, sedosa y endrina cabellera enmarcaba el óvalo de un rostro con un color de piel más bien oscuro y en el que .dos enormes ojos rasgados ponían esa nota de belleza mediterránea que no admite error de apreciación alguno. Toda su silueta' respondía al tipo latino y sin birla hablar, sin conocer su amplia cultura y su privilegiada inteligencia, así como su formación intelectual, puramente germana, el haberla creído italiana no hubiese sido un error reprochable para el más sagaz observador. .

Quizá también su manera de amar llevaba impresa la profunda huella de su herencia materna. Porque, Enma ponía en sus sentimientos toda la fuerza de un ardiente corazón.

—Creo que tu padre está muy preocupado, querida...

—No te extrañe, Henrich. A veces, comprendo la desesperación que se apoderaba de la pobre mamá cuando debía ir al laboratorio para secar a papá a la fuerza. ¡No sabes lo que me alegro de que tú no seas, como él, un hombre de ciencia!

—En el fondo y por algunas cosas, les envidio—Wolfgang parecía hablar consigo mismo—. No hay que olvidar que son ellos, un pequeño puñado de hombres, los que han hecho posible una vida como la nuestra en la que las comodidades nos rodean cada vez en mayor húmero. Pero, cuando se piensa en un sacrificio tan tremendo como el suyo, en una existencia retirada, en pleno aparte de un mundo que, pese a sus dificultades, posee sus encantos indudables, quepa considerarse dichoso de no haber escogido el camino de los hombres de ciencia...

—¡Yo te prefiero periodista, charlatán y diablejo, como eres!

Caminaron en silencio un buen rato. Ella, que le Miraba de reojo muy a menudo, no quería interrumpir los pensamientos de si prometido, prefiriendo dejarse llevar por su propia fantasía que tejía en un futuro que se anunciaba pleno de dicha.

La campana destrozó el silenció con su llamada persistente para el almuerzo. Cogidos de la mano, los dos jóvenes se dirigieron, corriendo alocadamente, hacia la entrada del castillo.

La mesa estaba puesta en el comedor exterior, ya que aquel día de magnífica primavera, permitía plenamente el uso de aquella estancia con sus enormes ventanales abiertos sobre la fronda del jardín.

La comida transcurrió en una armonía correcta, zanjada por motivos fútiles de una conversación que la ligereza de los momentos aquellos hacía intrascendente. Luego, cuando pasaron al "living" para que las damas tomasen su taza de café y los hombres los licores, la conversación —tal y como lo temía el propio Freuding¯se inclinó definitivamente hacia el _tema que no hubiese deseado tocar por nada del mundo.

Fué frau Krol—¡naturalmente!—la que inició el temido tema.

—No sabe usted, querido profesor Freuding, las ganas que tengo de poder ver esa maravilla mecánica que está usted construyendo. En Berlín, con mis amigas, no suelo hablar de otra cosa y cada vez que vengo a Landsberg, me emociona pensar que, tal vez, sea entonces cuan-do pueda verlo. Le aseguro que en Berlín, algunas malas lenguas, niegan que venga aquí tal y como es...

Freuding tosió antes de hablar. Hubiese dado cualquier cosa por evitar aquella conversación. Su mente estaba exclusivamente absorbida por las manchas de sangre que había descubierto hacía solamente algunas horas.

—Ya sabe usted, mi querida Elisa—repuso el sabio—, que serán ustedes, mis amigos, los primeros que verán Mi robot. Es una promesa que recuerdo haberles hecho desde que empecé mis trabajos. No haga, pues, caso alguno a las lenguas, buenas o malas de Berlín.

—Pero—frau Hoyningen no podía dejar escapar la ocasión de entrometerse—. ¿Es que todavía no se le puede ver? No importa en el estado en que se encuentra. Nosotros, ¿no es ver-dad, Elisa?, comprendemos que uno cosa tan maravillosa como ese hombre-mecánico, no se hace en un santiamén.

La insistencia de las damas molestó íntima-mente a Freuding. A pesar de todo lo que pudiesen decir, estaba dispuesto, más que nunca, a que nadie descendiese al sótano del castillo. Con un gesto de previsión involuntaria, introdujo su mano derecha en el bolsillo 'del chaleco acariciando la llave que cerraba aquellos prohibidos parajes.

—¡Imagínese lo que siento!—repuso—. Pero, por el momento, es imposible. Ni mi propia hija, Enma, ha visto jamás al robot. Comprenderán, aunque lo juzguen un tanto infantil, que mi deseo es sorprenderles agradablemente y que tal cosa no se podrá realizar hasta que el robot no funcione como es debido...

—¿Funciona ya?¯intervino Enma.

Freuding se volvió hacia su hija; luego, entornando los ojos y pareciendo que se dirigía a sí mismo:

—Sí, pequeña—dijo —. Hace ya más de dos meses que el robot funciona. Pero su entrecejo se frunció profundamente—la electrónica, cuando llega a la complicación de una máquina como la mía, reserva extrañas sorpresas al investigador —su voz se animaba al tocar aquel tema que le apasionaba como ningún otro—. ¡Imagínate! Cerca de dos millones de conexiones en el interior de un organismo artificial llegan a complicar las cosas de una manera que, a veces, teme uno haber creado una criatura ¨"viva"...

¯Pero eso es apasionante—intervino frau Hoyningen.

—En efecto, Annemaria. No puede usted llegar a concebir la complejidad que alcanza un mecanismo de ese género. Si lo consideramos desde un punto de vista que podíamos llamar "cerebral", mi robot posee, en su cabeza muchas más asociaciones que el cerebro dé un hombre; quiere decir esto que es capaz de "sentir¨ y "pensar¨ de una manera más completo que nosotros mismos. Naturalmente—siguió diciendo— que le falta el alma y que, por lo tanto, es incapaz de juzgar entre lo bueno y lo malo. No debemos olvidar que, al fin y al cabo, no es más que uno máquina, por muy complicada que sea. Sin embargo, sus reacciones son tan imprevistas, tan extrañas que el propio inventor sería incapaz de preveerlas. Y esto es, precisamente, .lo que despierta el miedo en el cibernético. ¿Hasta dónde llegará su invención? Es muy difícil, porque también lo es ponerse a la altura de un robot, de sus "pensamientos¨,

de sus "ideas"...

—Pero—era ahora el químico, doctor Krol el que, entraba en la conversación—. ¿Cree usted, profesor Freuding, que una simple máquina sería capaz de pensar en el sentido que damos los humanos a esa palabra?

Freuding miró a su colega antes de contestar. Una triste sonrisa hizo entreabrir sus delgados labios.

—Es indudable que así ocurre—repuso después de un corto silencio—. Naturalmente, qué una afirmación como la mía debe ser detalladamente limitada para evitar equívocos lamentables. El pensamiento humano, la mayoría de las veces, no es más que una asociación de Ideas en nuestro lenguaje interior. La función del alma, queda para enjuiciar los resultados del pensamiénto, reprobar los malos y hacer de los buenos una línea de conducta. Así ocurre en los cerebros normales. El robot, como el hombre, asocia también, luego piensa. De lo que es incapaz, ya que se trata de una máquina, es de enjuiciar sus propias ideas; es decir, carece de freno moral para orientarse en medio de su actividad "pensante". El robot traduce sus ideas en actos, como una máquina de calcular traduce la presión de nuestros dedos sobre sus teclas en operaciones matemáticas—hizo una breve pausa—.

Hasta aquí, creo que nos entendemos perfectamente. Pero, es al imaginar la tremenda complejidad del mecanismo mental del robot, cuando aparecen las primeras dudas. Comprenderán ustedes que el inventor ha ordenado las posibles asociaciones, calculándolas como si se tratase de un "cerebro electrónico". Sin embargo, imaginemos que, por cualquier accidente interno, se establecen nuevas conexiones en el mecanismo del robot. ¿Qué ocurriría entonces? ¡Es muy difícil calcularlo! Pasará algo semejante a lo que ocurre en la mente de un enfermo mental; nuevas asociaciones se habrán formado y determinarán, de una manera matemática en el robot, una "conducta" que puede sernos fatal. Porque, y eso es lo más importante, no debemos olvidar que la potencia de un hombre-mecánico es, en coso del mío, semejante a la de cincuenta hombres...

—¡Qué horror!—exclamó temblando frau Hoyningen.

Freuding se dió cuenta de que había llegado demasiado lejos. Por un fenómeno completamente humano, sin darse cuenta, había dicho gran parte de lo que le atenazaba dolorosamente. Ahora, se veía obligado a serenar los tensos ánimos de los que le habían escuchado.

—Naturalmente que todo eso no son más que conceptos vagos que, por fortuna, no se dan frecuentemente en la realidad. Un robot bien construido, obedece siempre a su inventor como un automóvil lo hace con el que le conduce. Después de todo, pueden pensar en la complejidad de los modernos aviones que, como ya saben, están dotados de cerebros electrónicos y pilotos automáticos que no son más que otros tantos robots.

Aprovechando aquel inciso, Henrich, con el deseo de procurar una animada divergencia que les alejase, cuanto antes, del tema que había dominada la charla del, profesor, tomó .la palabra, contando, en su peculiar y animada manera de hacerlo, una serie de anécdotas de la aviación moderna que encantaron a todos, borrándoles definitivamente la penosa impresión que les habían causado las tenebrosas manifestaciones de Freuding.

Este se percató de la maniobra realizada por su futuro hijo y le sonrió agradecido, de haber comprendido la dificultad de su situación, al dejarse llevar por sus problemas particulares.

El resto de la jornada pasó en medio de un ambienté encantador. Wolfgang se convirtió en el animador principal, aunque tal cosa le costó el no poder alejarse con su prometida para hablar de cosas que les importaban muchísimo más que el temario ligero de las conversaciones insulsas en las qué, obligatoriamente, tomaban parte.

Fué al atardecer, cuando se disponían a tomar té, en una de las magníficas terrazas del castillo, cuando un coche gris, o gran velocidad, fué visto por todos, al atravesar la pista central que recorría el jardín basta el lugar en que estaban aparcados los vehículos de los invitados.

Freuding palideció un tanto, pero, haciendo un esfuerzo poderoso, logró serenarse de tal forma que, cuando los recién llegados fueron conducidos a la terraza, parecía más tranquilo que nunca.

—¡Buenas tardes, profesor! —saludó el más alto de los dos nuevos visitantes. Luego dirigiéndose a todos, inclinase en una respetuosa reverencia—, Deseaba hablar con usted, en privado.

Freuding sonrió forzadamente.

—Ustedes me perdonarán—dijo a sus invita-dos—. En seguida estaré con ustedes.

Precediendo a los dos nuevos presentes, salió hacia su despacho. Una vez en el interior y después de haber ofrecido cigarros, volvióse hacia el más alto.

—Y, bien. ¿Qué desea, herr comisario?

El interpelado carraspeó como si le costase encontrar las palabras que debía usar.

—Verá usted, profesor. Esta noche, un grupo de pescadores ha sido asesinado a las orillas del lago. Todos ellos tienen la columna vertebral rota. Es inconcebible que él o los atacantes sean Seres humanos...

El corazón de Freuding se puso a latir de una manera descompasada. No obstante y merced a un poderoso esfuerzo de voluntad, pudo dominarse y fué con un tono tranquilo con el que repuso al comisario. .

—¡Mi querido herr Scnaider!—el tono del profesor quería ser jovial¯. Le aseguro que no le entiendo absolutamente nada.

—Quizá no me haya explicado bien, profesor. Pero los hechos son los siguientes: Anoche, mejor dicho, a la madrugada del día de hoy, cuatro pescadores de Landsberg fueron atacados y muertos cuando se disponían a aparejar a la orilla del lago. Todos ellos fueron destrozados por alguien—la insistencia en lo palabra "alguien" era lo suficientemente explícita para explicarse por sí misma—que poseía una fuerza descomunal. Además, en la orilla, se han encontrado las huellas de unos pies monstruosos que no corresponden a la medida del más gigante entre los humanos. Todo esto nos hace pensar que el autor del atentado no puede ser otro que el robot que usted ha fabricado.

—¿Mi, robot?

Todo en aquella pregunta de fingida sorpresa sonaba a falso. El profesor era incapaz de lograr ocultar su propia desesperación.

—Esa es lo que creemos, profesor—añadió Scneider—. Por el momento, le rogamos que, mientras esperamos la llegada del comisario de la capital, no se aleje del castillo sin comuni-cárnoslo. Además; deseamos su palabra de honor de que el robot permanecerá inactivo hasta que el comisario lo visite...

—Perfectamente, señores.

Luego de estrechar las manos de los dos policías, los condujo gentilmente hasta la puerta.

LA HUIDA

SOMETIDO a las ondas que brotaban del ¨paralizador", que el profesor Freuding había colocado a la puerta de la celda, el mecanismo del robot luchaba desesperadamente para librarse de los efectos aniquiladores del aparato que le perturbaba tan implacablemente.

Dotado de una fuente de energía propia, instalada en el interior de su potente tórax y

constituida por una especie de "pila atómica", de duración ilimitada, los mecanismos del hombre-electrónico seguían funcionando a un extremo "relanti" que le obligaba el efecto frenador del paralizador situado en la puerta de su encierro. Toda la marcha de su compleja maquinaria luchaba fuertemente por manifestarse de una manera que correspondiese a sus deseos. Era, en efecto, una lucha titánica entre dos ciegas potencias electrónicas que conduciría, irremediablemente, al triunfo rotundo de una de ellas.

La "pila atómica", que era como el corazón del robot, continuaba enviando oleadas de energía corpuscular a los aparatos del hombre-mecánico. Y debido a aquel llegar incesante de energía, que era como la corriente tumultuosa de un torrente, el "paralizador"' automático debía realizar un esfuerzo cada vez mayor paró vencer la acumulación de energía que se iba produciendo en- el robot.

Era un combate sin merced, una batallo que sé libraba entre las invisibles ondas, fuera del espacio y del tiempo, en una dimensión extraña a la que sólo podían acercarse los hombres a través del catalejo de las matemáticas. Todo aquello que para los humanos no era más que cifras y signos, representaba, en la realidad imposible de la energía ondulatoria, una tremenda lucha que, en medio de un completo silencio, se estaba librando en la oscuridad de los sótanos del castillo de Landsberg.

Mientras en el salón, las llamas chisporroteaban en la enorme chimenea y las conversaciones iban a buen tren, impelidas por los licores y lo templado y agradable del ambiente, bajo las anchas losas de la estancia, a muchos metros de profundidad, el robot, con su ciega naturaleza, luchaba contra las invisibles cadenas del "paralizador" que lo tenían preso.

Hubiese sido imposible hablar de "voluntad" en aquella máquina. Pero, costase lo que costase creerlo, la "pila atómica" significaba una fuerza "vital" que no se conformaba a la acción paralizadora que se le oponía. Lentamente, muy despacio, la energía que brotaba ininterrumpidamente del tórax del robot iba convirtiéndose en una potencia que difícilmente podían vencer las radiaciones del "paralizador".

Fué entonces, cuando el robot empezó a moverse...

Al principio, fueron sus dedos articulados los que iniciaron una serie de movimientos de flexión y extensión como si aquellas monstruosas manos intentasen apoderarse de algo que flotase en el aire. Era algo insignificante aún; pero aquellos primeros gestos automáticos demostraban que, por encima deja influencia del "paralizador", el mecanismo del robot había empezado a conseguir una supremacía que no tardaría en dejarle completamente libre.

En efecto, una hora más tarde, los desmesurados brazos del hombre-máquina se movieron con completa libertad y, finalmente, apoyando las manos en él suelo del sótano, el robot consiguió sentarse mientras su luz frontal empezaba a iluminarse de una débil luz amarillenta.

En aquella postura, el monstruoso ser metálico parecía pensar en algo que hubiese sido imposible adivinar. Los parpadeos luminosos que emanaba la lámpara frontal, se iban haciendo, por momentos, más insistentes, al tiempo que la intensidad lumínica aumentaba de una manera progresiva.

Hubo ráfagas' azuladas cuando el mecanismo del robot sintió aquella especie de "miedo electrónico", en los instantes en que el "paralizador" incrementaba automáticamente su fuerza. Si se hubiese podido hablar de "sufrimiento", esta palabra hubiera sido la que mejor representase lo que sentía el hombre-mecánico bajo la influencia pernicioso del "paralizador". La energía que le proporcionaba la "pila atómica" se veía coartada, frenada en su impulso, de lo que resultaba un desgaste enorme que detenía todo el mecanismo, como si en un sistema de ruedas dentadas, alguien hubiese colocado malévolamente un tronco de madera.

Cuando el robot consiguió, después de varias intentonas, colocarse en pie, la luz frontal tomó un franco tono amarillento que era la forma coloreada en que el aparato mostraba una especie de satisfacción "orgánica". Luego, después de andar, de una manera vacilante por el reducto cerrado de su celda, al acercarse a la puerta, la lámpara frontal lanzó un potente rayo

rojo que demostraba su cólera contra la actividad del "paralizador".

Lo que seguidamente sucedió fué tan breve, tan vertiginoso como el movimiento de un torbellino. El robot, de un poderoso empujón, hizo saltar la puerta de su encierro como si la madera se hubiese convertido en vulgar cartón de piedra. Luego, con una rabia atroz, pisoteó el aparato del profesor Freuding reduciéndolo a pedazos.

Orientándose, con 'los brazos extendidos, el hombre-electrónico llegó a su antigua y destrozada celda, emitiendo siempre la terrible luminosidad roja. Después, incapaz de coordinar los movimientos para subir las escaleras que conducían a la planta superior, en la que estaba situado el laboratorio del profesor, arremetió brutalmente contra el muro, abriéndose camino entre los ladrillos arrancados por su inconcebible fuerza.

La luz rosada del atardecer le envolvió como a una pesadilla. El metal de que estaba formado adquirió, al ser tocado por los rayos del sol poniente, una tonalidad rojiza que le hacía aún más fantástico, como un ser de leyenda que vagase, en espíritu destructor, sobre la Tierra.

Su cerebro electrónico sentía aún los efluvios del castillo que se asociaban siempre al temor que despertaba en él, la imagen confusa que poseía del ser que le había creado. Así, impelido por una especie de miedo—la luz frontal se tornó azulada—corrió velozmente hacia un bosque vecino que atravesó a gran velocidad. Luego, cuando estuvo en plena montaña, desde la que la silueta del castillo parecía el adorno de un "nacimiento" de juguete, la luz amarillenta brotó de su lámpara frontal, mostrando la "alegría" de haber escapado definitivamente de su encierro.

Su huida significaba algo tan terrible que él era el único en no darse cuenta. Para las tranquilas y bonachonas gentes de Landsberg, empezaba una época de terror que jamás podrían olvidar...

El robot, ya aparentemente tranquilo, continuaba ascendiendo por la agreste pendiente de la montaña. Su enorme silueta parecía disminuir los objetos que le rodeaban como si por un curioso fenómeno óptico, los árboles hubiesen tomado las dimensiones de los que generalmente adornan los jardines del Japón. Todo parecía des-medido cuando el hombre-mecánico pasaba junto a objetos que, en relación con los humanos, guardaban una cierta proporción que, en este caso, se alteraba por completo.

Por el momento la luz frontal poseía aquel tranquilizador color amarillo que hacía patente la existencia de una armonía en el mecanismo del robot. Pero, por desdicha, el color rojo no tardaría en brotar de la frente del hombre-electrónico...

* * *

Al volver al salón, el rostro del profesor llevaba inscrita la preocupación terrible que le corroía por dentro.

Enma se percató de que algo grave le ocurría a su padre y, abandonando el centro de la reunión en la que charlaba animadamente con las dos invitadas, se acercó al sabio, tomándole cariñosamente por las manos.

—¿Qué ocurre, papá?—inquirió ansiosamente.

El profesor hizo lo posible por sonreír no logrando más que un vago gesto en el que había de todo, menos alegría.

—No es nada, pequeña. Sigue atendiendo a tus invitados; yo voy á dar un pequeño paseo por la terraza.

La joven obedeció y Freuding, después de despedirse con un gesto y una sonrisa forzada, abandonó el salón saliendo por una de las puertas al exterior.

Una brisa fresca y vivificante llegaba de las altas lomas de las montañas, trayendo hasta allí el ruido de los millones de hojas que se movían a su impulso. El aire estaba repleto y cargado de efluvios vegetales que el profesor respiró con delectación.

—¿Algo va mal, profesor Freuding?

El sabio se volvió sorprendido. Henrich, con un cigarrillo entre los dedos, estaba junto a él.

—Deseaba estar solo—apuntó el profesor con un tono áspero en la voz.

—Ya me lo imagino—repuso el joven Por eso mismo, he venido a hacerle compañía. Cuando volvió usted al salón, su cara explicaba muchas más cosas que cualquier inútil charla.

El silencio les envolvió durante unos minutos. Hasta la brisa pareció acallar su suave carrera desde las montañas.

—Deseo hablar con usted, profesor.

Freuding movió negativamente lo cabeza.

—No es el momento, Henrich; te lo aseguro. Quizá, maña...

—No se trata de Enma¯cortó el otro.

El sabio se volvió curiosamente a su interlocutor. ,

—Creo que no me comprendes—dijo con voz dura—. No quiero que confundas las cosas; tu noviazgo con Enma no te do derecho a inmiscuirte en ciertos asuntos que, además, no podrías comprender jamás.

Wolfgang pareció acusar el golpe.

—Ya sé—repuso—que no soy ninguna lumbrera. Jamás me atrevería a discutir con usted ningún tema científico. Sin embargo, deseo que me escuche, ya que el asesino de cuatro pescadores no me parece un tema que necesite una preparación especial en ciencias para ser discutida.

Freuding había palidecido.

—¿Es que sabes?

—Yo no sé nada, profesor. Cuando llegué esta mañana a Landsberg, la gente hablaba ya de la muerte de esos pobres pescadores. Luego, cuando ya había olvidado casi por completo el asunto, la llegada de la policía al castillo me obligó a pensar de nuevo en aquello, llegando a deducir ciertas cosas tan extrañas que era obligatorio discutirlas con usted. Por eso he salido a lo terraza.

El profesor había vuelto la espalda a su interlocutor y apoyado en la barandilla parecía contemplar la negrura con que la noche acababa de cubrir a los bosques. -

Henrich se fué acercando a él. Luego, hablando en voz baja y junto al oído de Freuding.

—¿Ha sido "él", profesor?

Sin volverse, Freuding asintió con la cabeza.

—¡Me lo temía!—murmuró Wolfgang con un timbre de cólera en la voz—. No podemos perder un solo instante, profesor... ¡Debemos aniquilar a ese monstruo antes de que cometa otros delitos!...

Si una víbora hubiese picado al profesor, no se hubiese vuelto a la velocidad que lo hizo.

—¿Ha dicho usted "monstruo"?—era la primera vez que no tuteaba a Henrich desde que éste se había prometido a Enma—. ¿Cree que voy a aniquilar la obra de mi vida por un estúpido accidente?

Wolfgang no salía de su asombro. La reacción del profesor había sido tan brutal, tan inesperada que, momentáneamente, no pudo articular palabra.

Unos segundos, el silencio fué absoluto. A la luz indirecta que lanzaban .las lámparas sobre la terraza, los dos hombres se miraban fijamente. Al final y. con el rostro contraído por una irreprimible cólera, el profesor balbuceó con voz firme:

¡Váyase de mi casa! ¿Entiende? ¡Salga ahora mismo del castillo y no vuelva más por aquí! Henrich cerró los puños con fuerza. Luego.

—¡Está usted loco, profesor Freuding! Si considera un accidente estúpido la muerte de esos cuatro desgraciados en las garras de su infernal invención, está usted loco; loco de remate... ¿Cree usted acaso que la policía lo considerará como un "estúpido accidente"? '¿Se imagina que las familias de los muertos se creerán esa absurda hipótesis? ¿O acaso piensa que vendrán a solicitar sus excusas por haberles asesinado a sus hijos, a sus esposos o a sus

novios?...

Los ojos de Freuding brillaban como ascuas.

—¡Fué un accidente!—volvió a gritar—. Yo lo vi con mis propios ojos...; esos pescadores apedrearon al robot y despreciaron mis advertencias... ¡Eso es!... Entonces, el hombre-mecánico arremetió contra ellos..., pero no fué más que un estúpido accidente...

—¡Estoy leyendo en sus ojos que lo que dice no es verdad, profesor! Usted desea evitar que las autoridades destruyan esa diabólica máquina corno merece...

¡Váyase!... No quiero verle más, Wolfgang. Puede considerar nulo el compromiso de mi hija. Jamás un Freuding unirá su vida a la de un traidor que piensa destruir lo que tantos esfuerzos ha costado...

Jadeaba por la cólera y la desesperación, que le dominaban a la sola idea de que algo pudiese ocurrir a su robot.

—¡Váyase!—rugió de nuevo.

Henrich no se hizo repetir la orden. Pero, cuando se había alejado media docena de metros, volvió a desandar el camino y plantándose ante el sabio:

—¡Me voy, profesor Freuding!... Pero, conste que volveré con un solo objetivo y hasta que no lo consiga, no me alejaré de estos parajes... ¡Sí, hasta que no lo consiga!... Mientras no haya destrozado con mis propias manos ese monstruo asesino, no me consideraré tranquilo.

Ni siquiera se paró a escuchar las duras palabras que le dirigía el profesor. Bajando rápidamente la escalinata, se dirigió hacia el lugar en que había dejado su coche. Luego, después de haberlo puesto en marcha, aceleró locamente, saliendo como una tromba del recinto verde del parque del castillo.

Desde la terraza el profesor vio los dos largos pinceles de luz amarillenta que apuntaban en la dirección del poblado de Landsberg.

Con un suspiro de alivio, abandonó la terraza.

* * *

Durante toda la noche, el robot camino torpemente por el bosque, andando diez veces seguidas por los caminos que acababa de recorrer. Aquella repetición, por más que lo pareciese, no era, en absoluto, inútil. Por el contrario, las células fotoeléctricas del hombre-mecánico estaban registrando detalladamente cuanto les rodeaba y creando en la "memoria" del monstruo un mapa de recuerdos de una maravillosa precisión. Así, si algún invisible testigo hubiese observado los manejos de aquel robot, hubiera irremediablemente creido que la máquina estaba desarreglada de una manera total, cuando, en realidad, el hombre-electrónico recorría aquél terreno de una manera tan meticulosa que, antes del alba, lo conocería de una manera matemática y, desde luego, mucho más perfecta que el más experimentado leñador de la comarca.

Después de haber permanecido inmóvil, sujeto por las invisibles cadenas de ondas del "paralizador", el robot se movía en una especie de locura de movimiento, como hubiese hecho un animal joven que retozase después de un prolongado encierro. La energía de su "pila atómica" le impelía a una constante marcha, en un sincronismo de movimientos formidable, controlada por, sus centros motores.

Recorrió el bosque, subió y bajó sin descanso por las laderas, atravesando caminos inverosímiles mostrando un equilibrio maravilloso en su rápida marcha. Jamás tropezó con obstáculo alguno. Por debajo de la lámpara frontal y ambos lados de su metálico y liso rostro, una serie de casi invisibles orificios servían de bocas de lanzamiento a las ondas que brotaban de los aparatos de "radar" de que estaba dotado. Otro orificio más en lo que pudiera recibir el nombre de nuca y dos más a los lados del cuello, completaban un sistema de "radar" tan perfecto como hubiese sido—de no ser monstruosidad imposible—un ser humano, dotada de

Librodot

cinco ojos en la misma situación que un robot.

Con aquella complejidad de visión, el profesor Freuding había logrado que su hombre-mecánico se moviese, en cualquier terreno, con una soltura y una velocidad insuperables. Las respuestas ondulatorias que le devolvía el "radar" constituían, una vez traducidas por los mecanismos electrónicos, el paisaje de cuanto rodeaba al robot. Y, de igual manera que el cerebro electrónico de un proyectil teledirigido va modificando

su trayectoria en relación con los movimientos del blanco movible, el robot, dotado de un mecanismo más completo, era capaz de reacciones, a toda velocidad, ante cualquier modificación que se produjese en el paisaje que el "radar" le iba comunicando a 300.000 kilómetros por segundo.

Hacia el amanecer, cuando lo luz del sol impresionó las placas fotosensibles del robot, éste disminuyó un tanto la velocidad de sus movimientos, empezando e descender la ladera bastane más deseado lo había hecho durante la noche. Iba tranquilo, erguido en su descomunal estatura, sin que ni una sola vez colocase uno de sus inmensos pies en un lugar erróneo.

Al fin, cuando se hallaba a mitad de la ladera que miraba hacia el norte, el hombre-mecánico se detuvo mientras de su brillante caneo brotaba una larga antena que hizo que su altitud se duplicase casi. Una vez que la antena alcanzó el limite de su extensión, dos ramas se abrieron en su parte superior, formando el extremo la forma característica de la letra "H".

Inmediatamente, dentro de aquella formidable maquina, el dispositivo de un aparato de televisión entró en funciones. En realidad, aquel mecanismo se había puesto en movimiento al llegar hasta las membranas metálicas, que captaban los ultrasonidos, determinadas vibraciones que despertaron en el robot aquella expectación de alarma.

La cabeza del hombre-electrónico giró completamente varias veces alrededor de su movible cuello. Luego, cuando las antenas televisoras se orientaron, al encontrar un objeto en movimiento, las imágenes llegaron al interior del robot, enfrentándose inmediatamente con una de las dos mil películas que, de casi todos los temas humanos, poseía la "memoria" del robot. Si alguien hubiese podido echar uno ojeada en el interior del vientre del monstruo de acero, se hubiera, sin duda alguna, maravillado al observar que, después de pasar miles de metros de film, una de las fotos se detenía ante la 'imagen que estaba proyectando el aparato de televisión. Sobre la pantalla de éste, se veían varias jóvenes que lavaban en un arroyo. En la película, varias mujeres estaban sentadas sobre el campo.

El robot no tenía boca. Sólo una ligera fisura, casi invisible, remedaba ese órgano humano. Sin embargo, a través de aquella hendidura, brotó el sonido de una palabra humana que una de las cintas magnetofónicas lanzaban, al haber asociado la imagen con el sonido.

—MUJERES...

Luego, al entrar en función aquel .mecanismo que para desgracia del profesor Freuding, se había alterado, los conceptos giraron antes de que la terrible asociación se produjese y brotase, unida a la palabra que acababa de decir el monstruo, el término que sería ley en su futuro.

—MUJERES..., MUJERES..., MATAR...

Inmediatamente, la antena se plegó, en breves segundos y el robot, ya orientado, se lanzó rápidamente hacia su espeluznante misión que un destino sin piedad le había señalado...

LA ALARMA

ENRICH estaba dispuesto a no abandonar aquellos parajes. Una rara intuición le decía que su presencio iba a ser necesaria para la familia Freuding. Guiado por tales ideas, detuvo su coche ante el único hotel de Landsberg y atravesó el umbral de la puerta decidido a convertirse en un vulgar huésped, mientras las circunstancias no se esclareciesen por completo.

Naturalmente y, como esperaba, Frau Weber, la obesa propietaria del hotel, no pudo detener su lengua, al oírle pedir una habitación. Hacía años que le conocía y su sorpresa—según el periodista—era completamente lógica.

—¿Ha ocurrido algo en el castillo, señor Wolfgang?

Henrich pensó rápidamente la respuesta, llegando a la conclusión de que lo mejor sería decir la verdad, ocultando, no obstante el verdadero motivo de la desavenencia ocurrida entre él y el profesor.

—He tenido unas palabras con mi futuro padre político... ¡La historia de siempre!... ha sido por la fecha del enlace. El profesor parece haber olvidado mi profesión...

Todo ello dicho en un tono natural, sin reservas y hasta jovial, para quitar importancia al hecho.

Ella lo comprendió perfectamente. Aunque el motivo era banal, agradecía interiormente al periodista aquella información, de la que no faltaría comentario alguno y a la que agregaría una versión original que encantaría a las comadres del pueblo.

—Al difunto señor Weber le ocurrió algo semejante. Mi padre era de una testarudez formidable—luego, volviendo a representar su papel de hotelera—. Voy a darle la mejor habitación, señor Wolfgang. En esta temporada, los visitantes no han llegado aún y tengo el establecimiento una tanto vacío. De todas formas—añadió inclinándose hacia adelante—espero algunos huéspedes especiales. No sé si se habrá enterado del crimen del lago. Un comisario de Berlín va a llegar de un momento a otro...

El periodista se sintió molesto. Recordaba las inconscientes palabras del confiarlo profesor que creía que la muerte de aquellos pescadores iba a quedar impune. La llegada del comisario de Berlín, seguramente alertado por el jefe de policía de la región, demostraba palpablemente lo contrario.

Subió a su habitación y después de haberse puesto el pijama, abrió la ventana y acodándose miró hacia el exterior. La noche poseía un aspecto magnífico. Las minadas de estrellas, en lo hondo del espacio, parecían temblar con una luz dudosa en un constante guiño.

Allá, a lo lejos, recortándose sobre el firmamento iluminado, la siniestra silueta del castillo de Landsberg levantaba sus torreones abandonados y sus murallas reconstruidas como una figura anacrónica en el final del siglo XX. Como siempre, Henrich sintió la amargura que le proporcionaba la contemplación de aquel resto de una época que no- le había sido nunca simpática.

Pensando en Enma, que debería ya haber recibido la versión Freuding de lo ocurrido, suspiró y tras lanzar al espacio lo que quedaba del cigarrillo que había encendido paca antes, se dirigió al lecho en el que, momentos más tarde, dormía profundamente.

* * *

La velada nocturna en el enorme salón del castillo hacía sentir intensamente la tensión molesta de todos.

La ausencia del joven prometido de Enma, a pesar de las explicaciones repetidas por el profesor, se notaba enormemente y la conversación languidecía manteniéndose a costa de grandes esfuerzos sobre unos derroteros de banalidad e intrascendencia que no podían terminar más que en un obligado silencio.

Cuando esto ocurrió, la pareja Krol fué la primera en excusarse y precedidos por uno de los criados, dirigióse a las habitaciones que el anfitrión les reservaba cada año. Igualmente y momentos más tarde, ocurrió con la pareja Hoyningen. El profesor y su hija se quedaron solos y, durante un buen rato, guardaron un silencio absoluto que sólo rompía el chisporrotear del fuego en la chimenea.

—¿Qué ha ocurrido, papá?

La pregunta sobresaltó al sabio que estaba recluido en sus propias ideas.

—¿Qué dices, pequeña?

En realidad, había oído perfectamente la pregunta y que Enma lo sabía, lo demostró la joven al no repetirla.

—No pensarás que crea lo que has dicho a los invitados. Si Henrich se hubiese ido, como tú lo afirmas, por algo urgente, jamás hubiera abandonado el castillo sin despedirse de mí, por mucha prisa que tuviese... —hizo una pausa; luego, insistentemente—. Tengo que saber la verdad, papá.

Freuding se convenció que su hija tenía razón. A ella, sería imposible ocultarle algo que, más tarde o más temprano, conocería por boca de alguna persona que no pondría cuidado en decírselo, apenándola aún más.

—El robot se escapó anoche¯empezó a decir Freuding con la mirada fija en un invisible punto del muro, sin osar mirar a la joven—. Destrozó su encierro y se dirigió al lago donde, desgraciadamente, un grupo de pescadores ignorantes le agredieron. El hombre-máquina se enfureció y mató a los cuatro.

—¡Oh!—exclamó aterrada la joven levantándose las manos a la boca. Luego, acercándose al profesor, se arrodilló a sus pies—. Pero papá, es una desgracia horrible que puede costarte la prisión.

Freuding acariciaba los negros cabellos de Enma. Su mirada seguía fija en aquel inexistente punto del muro.

—No pasará nada, Enma—dijo con tono tranquilizador—. Será muy fácil demostrar que aquellos desdichados agredieron al robot.

En su interior, desde que al contestar a Wolfgang, había encontrado el argumento de que las víctimas habían agredido al robot, se había encariñado con aquella falsa prueba de tal forma que, autoconvencido, lo estaba empezando a considerar verdad.

—Ten cuidado, papá—advirtió la joven—. Lo mejor es que encierres al robot, de forma que no salga jamás del castillo. Además—la curiosidad de Enma había alcanzado su punto álgido—. ¿Cuándo me lo vas a enseñar papaíto?. Todo el mundo lo conocerá antes que tu propia hija...

Freuding bajó los ojos encontrándose con los de la muchacha. Había tanta inocencia en ellos y, al mismo tiempo, el idéntico brillo que siempre habla admirado en las pupilas de frau Freuding, que el profesor no supo negarse a la petición que le hacían. Por otra parte, la joven no había demandado jamás de ver el hombre-mecánico y había dominado su curiosidad para respetar las severas órdenes que su padre había dado a tal respecto.

—Está bien. Ven conmigo.

Después de descender a. la parte baja del edificio y de atravesar las antiguas caballerizas, pasaron por una estrecha escalera de caracol, a las bodegas, en cuyo fondo se veía una pequeña puerta de hierro cuya cerradura moderna brillaba intensamente.

El profesor introdujo una pequeña llave que había sacado de un bolsillo del chaleco. Lo puerta giró suavemente y sin ruido sobre sus engrasados goznes. Luego, a su propio impulso,

tornó a cerrarse silenciosamente a las espaldas de Enma.

La muchacha se sentía invadida por un vago temor, una sensación indefinida que hacia que su corazón latiese aceleradamente. El largo pasillo que atravesaban ahora, con su techo bajo y los nichos que albergaban las polvorientas bombillas, que apenas lograban disipar las tinieblas, contribuían enormemente a que la sensación de miedo se fuese apoderando de la joven. Esta dirigía medrosas miradas a su alrededor, como si temiese que, de un momento a otro, el robot que había creado su padre, surgiese como-un gigantesco fantasma de entre las telarañas que cubrían los muros.

Otra puerta, en todo semejante a la anterior, cerraba aquella parte del pasillo. Freuding repitió el gesto y con una nueva llave abrió la puerta, haciéndose a un lado para dejar pasar a su hija. Esta se encontró en una enorme estancia, intensamente iluminada y repleta de extraños aparatos por todas partes.

—Es mi laboratorio—explicó el profesor. Enma contempló extasiada todas las maravillas que una técnica moderna había alcanzado allí. Toda la parte alta del laboratorio estaba cruzada por gruesos cables de alta tensión que tenían el aspecto de fantásticos puentes colgantes sobre un río de cristal formado por probetas, matraces y tubos de ensayo. Una visión fantástica de la que la joven no podía separar sus ojos.

El profesor se detuvo unos instantes para explicar a su hija algunos de los más interesantes detalles del laboratorio. Muchas piezas sueltas de los antiguos robots, que habían precedido a la creación del definitivo, yacían en los bancos de ajuste como trozos de unos organismos pertenecientes a un mundo desconocido.

Oprimiendo un botón, el profesor hizo que una tercera puerta, de un extraordinario grosor, se abriese, descubriendo el comienzo de una escalera metálica de un cromado brillante y cuyos escalones estaban, al parecer, construidos en placas de goma rayada.

Precediendo a la joven, Freuding descendió hasta encontrarse en la parte más boja del, castillo, precisamente en el lugar por donde había escapado, por primera vez, el robot. Enma, al ver aquellos gigantescos destrozos, sintió frío en la espalda. Los gruesos barrotes, casi del diámetro del cuerpo de una persono adulta, estaban completamente retorcidos como si hubiesen sido simples tiras de alambre.

El profesor cogió la mono de su hija y después de dar al interruptor, que iluminó la totalidad del subterráneo, continuó el camino por un ancho y alto pasillo, hacia la celda en la que había encerrado al hombre-mecánico. El completo silencio que reinaba allí no se rompía más que por los pasos de las dos personas que avanzaban; sonido que las paredes, huecas en muchos sitios, repetían en mil ecos distintos.

Al llegar a la pequeña sola en lo que desembocaba la celda del robot, un ronco grito se escapó de la garganta de Freuding, Su potente "paralizador" electrónico, el único medio que poseía para dominar lo energía de su invención, yacía destrozado en el suelo. Casi inmediatamente, contempló, con los ojos desorbitados, las tremendas brechas que el robot había abierto en la pared y en el muro, para escapar definitivamente de su encierro,

Enma se apretó contra su padre temblando con todo su cuerpo. Ello no conocía más que las patentes pruebas de tremenda potencia que el robot dejaba. Pero, paro ella, era lo suficiente para llegar a lo conclusión de que clase de horror había salido de las manos de su padre.

—¡Vámonos de aquí!—suplicó con una voz temblorosa.

En el cerebro del profesor, las ideas cabalgaban a una velocidad vertiginosa. Se daba perfecta cuenta de su responsabilidad en todo aquello y de las terribles consecuencias que podían derivarse de fa existencia de un ser como el robot que se pasease en libertad por la región. Lo imagen de los cuatro pescadores, con sus cuerpos tronchados por la tremenda fuerza del hombre-electrónico se le apareció con una salvaje y des-consoladora nitidez.

Para él no había más que un camino que se confundía perfectamente con un deber del que, en modo alguno, podía eximirse. Mientras el robot vagase en libertad, la suya propia estaba en un constante peligro. Y, por mucho amor que tuviese a la criatura metálica, que era

el resulta-do de largas años de constante trabajo, el peligro que se derivaba de la huida del robot se reflejaba directamente en su responsabilidad y debía ser él, exclusivamente él, el que arreglase aquel asunto.

—¡Vámonos!—insistió Enma.

Freuding se volvió hacia su hija. En sus ojos brillaba una luz de decidida determinación.

—Tú vas a volver al castillo. Toma estas llaves y no olvides de cerrar las puertas que hemos pasado. La última se abre oprimiendo un botón rojo que encontrarás junto al muro, al final de la escalera. Si nuestros invitados preguntan por mí; les dirás que estoy trabajando en el laboratorio y así me excusarás ante ellos...

¯Pero papá—la voz de la joven estaba cortada por la emoción—. ¿Qué vas a hacer?

¯Tengo que ir en su busca; pequeña. En libertad y en el estado evolutivo en que se encuentra, puede ser un gran peligro para las gentes. No olvides el desgraciado accidente del lago. Mi deber es traerlo aquí de nuevo. Una vez lo haya hecho, desmontaré su mecanismo electrónico hasta que lo llevemos a Berlín. Allí tomaremos precauciones especiales y además, creo que antes encontraré ese "algo" que le hace tan agresivo.

—¡Yo voy contigo! No quiero pensar a cada instante en el peligro en que te encuentres.

—¡No digas locuras, Enma! Para mí, no existe peligro alguno. El me conoce y me teme. Jamás se atreverá a atacarme.

La joven bajó la cabeza comprendiendo que nada podría hacer para que su padre desistiese de lo que ella consideraba como una locura. Estaba íntimamente decidida a llamar a Henrich para que viniese a ayudarles. .

Abrazó a su padre mientras las lágrimas caían generosamente de sus bellos ojos.

—¡Ten mucho cuidado, papaíto!—suplicó.

—No me ocurrirá nada. Ya verás como dentro de unas horas estoy de vuelta y todo esto se habrá arreglado.

Freuding esperó que la joven hubiese atravesado la puerta metálica que se encontraba en la parte alta de la escalera cromada. Luego, sin dudarlo un segundo más, atravesó el enorme orificio que el robot había hecho en el muro, deslizándose hacia el exterior. La noche parecía una balsa de aceite, tal era la tranquilidad de una naturaleza que no parecía tomar parte en los tremendos acontecimientos que se preparaban.

Después de dudar acerca del camino que tenía que seguir, el profesor, guiándose con la linterna que había cogido del laboratorio, inició el ascenso de la áspera pendiente que conducía a los bosques. Razonó que le costaría bastante esfuerzo alcanzar al rápido hombre-electrónico que se movía a gran velocidad. Pero, uno vez o hubiese encontrado, estaba seguro que lograría hacerle volver al castillo.

Mientras caminaba, a un paso ligero que decía mucho en pro de su resistencia física, iba pensando en aquella criatura que salida de detallados cálculos matemáticos, reaccionaba ahora de una forma que él, su inventor, no había podido prever. En realidad, se preguntaba qué misteriosas asociaciones se habrían producido en el interior del complejo organismo del robot para que éste manifestase una propiedad que no podía calificar de otra cosa que no fuera ¨voluntad"

Aquella idea le hinchó de un legítimo orgullo. ¡Haber conseguido un ser mecánico con voluntad! Hasta entonces, en todos los congresos de cibernética, los robots presentados no poseían más que un automatismo complicado que obedecía a ciertos reflejos despertados por "motivos" que su propio creador les planteaba. Así, una de aquellas maravillosas máquinas era capaz de realizar una serie de trabajos que no se detenían hasta que el inventor lo ordenaba; otro traducía les palabras que escuchaba en seis lenguas distintas. Todo aquello era, en verdad, una clara demostración del tremendo avance de la electrónica en la segunda mitad del siglo XX.

Pero, lo suyo era muy diferente. Su hombre-máquina- estaba demostrando que poseía una "personalidad¨ propia; una genuina manera de obrar que escapaba a las más exactas conclusio¯

nes de la matemática. El robot del doctor Freuding era capaz de "vivir" a su manera, de sentir cólera, emoción, odio o miedo según las circunstancias, no solamente exteriores, que provocasen tales "sentimientos", sino por motivos puramente internos, por "estados de ánimo" de una forma ante todo semejante a la que acontecía en los seres humanos. Pero, además, poseyendo una complicación sensorial superior a la del hombre, el robot era capaz de poseer un "razonamiento" que escapaba definitivamente a la inteligencia de los seres humanos.

Por un instante, Freuding pensó en o que sería del mundo, si en él existiesen unos cuantos millones de robots como el suyo. La especie humana se vería sometida a una tiranía jamás concebida. Ante tal pensamiento, un escalofrío recorrió la curvada espalda del sabio.

Era una tremenda perspectiva para una humanidad futura que no tendría que esperar a los peligros de una invasión interplanetaria para sufrir el peso de una responsabilidad que habría que reclamar a una ciencia ciega y que no tuvo en cuenta la limitación del cerebro humano.

El profesor había llegado a lo alto de la cumbre. A lo lejos, entre la polvareda luminosa del oriente, el sal empezaba a intentar desgarrar las tinieblas de la noche. Por todas partes, en una unanimidad emocionante, el silencio era -completo, absoluto. Desde el lugar en que se encontraba Freuding, los montes se alineaban por todas partes y era imposible, por el momento, orientarse con seguridad acerca del camino tomado por el robot. Toda la dilatada extensión de terreno que se extendía ante sus ojos podía haber sido recorrida por el monstruo que bien podía hallarse a muchos kilómetros de distancia. Si así fuera, las posibilidades de encontrarle se reducirían a hallar huellas brutales y sangrientas que hubiesen dejado a su paso.

¡Aquello no era, necesariamente, lo que deseaba el sabio! La posibilidad que las Fuerzas Armadas del país se lanzasen a lo caza del robot, destrozándole al encontrarlo le llenaba de una angustia insoportable. ¡Debía ser él, solamente él, quien encontrase al hombre-electrónico para poder quitarle lo que le hacía peligroso para las gentes!

Sentóse unos instantes para descansar y sin darse cuenta se quedó profundamente dormido...

Cuando despertó, el sol iluminaba plenamente todo. Freuding se desperezó, incorporándose en seguida. Pero, en aquel mismo instante, la sangre se le heló en las venas...

El robot estaba ante él. Su enorme estatura hacía las cosas mucho más pequeñas, dando uno absurda idea del paisaje que le rodeaba. De su lámpara frontal, una luz intensamente roja brotaba en cortas intermitencias.

Freuding recorrió aquel cuerpo con el cariño de quien lo había construido en largos años de paciente trabajo. Pero, cuando después de que su mirada, cargada de satisfacción y orgullo, hubo recorrido el amplio tórax, el brillante vientre y los largos brazos, un grito de horror brotó de su garganta.

¡Pendiendo de la gigantesca mano derecha del robot, el cuerpo destrozado de una muchacha, dejaba en el suelo; un rastro de la sangre que le brotaba del cuello medio cercenado!

El alarido del profesor hizo que la cabeza del robot se orientase hacia el lugar que Freuding ocupaba. Dejando caer el cuerpo destrozado de la joven el hombre-electrónico se lanzó furiosamente contra el hombre que le había creado...

COMIENZA LA CAZA

H ENRICH fué despertado violentamente por los gritos que provenían de la parte baja del hotel. Rápidamente, vistióse y después de realizar su "toilette" habitual, realizada a gran velocidad, descendió las escaleras de cuatro en cuatro.

Abajo, medie docena de mujeres gritaban histéricamente, llorando las más y suspirando sonoramente el resto. Todas ellas hablaban a la vez y la sonora voz de frau Weber no lograba, a pesar de su inusitada potencia, hacer callar a las otras.

El periodista se dirigió directamente hacia ella.

—¿Qué es lo que ocurre, madame?—inquirió. La mujer volvió sus ojos espantados hacia su interlocutor.

—¡Ha sido horrible, herr Wolfgang! ¡Espantoso! Es una gran desgracia para Landsberg tener ese maldito profesor Freuding aquí.

Al oír el nombre del profesor, Henrich, sin poderlo evitar, sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Pero qué ha ocurrido?—tornó a inquirir con un acento de premura que no admitía réplica.

—¡Ha sido el hombre de metal ése!

—¿El robot?

—Yo no sé cómo se llama, ni falta que me hace. Si no se le hubiese ocurrido a ese loco de sabio hacer un monstruo semejante, estaríamos más tranquilos en Landsberg—y ante la mirada del joven que exigía una pronta explicación de los hechos—: Había unas jóvenes que lavaban en un arroyo, al otro lado del castillo. El monstruo ése se acercó a ellas y después de matar a una, se llevó a la otra que no ha aparecido aún. Nadie sabe lo que habrá hecho con la pobre criatura. Los padres de las muchachas quieren ir al castillo para ahorcar a toda la familia Freuding. Pero el comisario del distrito, herr Scneider, los ha encerrado hasta que él aclare el asunto. ¡Yo les hubiese dejado subir al castillo!—luego, dándose cuenta de la identidad de la persona con la que hablaba, llevóse la mano a la boca como si desease borrar las palabras que acababa de decir—. ¡Perdóneme, herr Wolfgang, pero comprenderá usted nuestro estado de ánimo ante este horrendo crimen!

—Lo comprendo—suspiró el periodista. Luego, pasando al campo de la realidad que le exigía obrar con rapidez, inquirió¯. ¿Sabe usted, frau Weber, dónde se encuentra el comisario?

La gruesa hotelera asintió con la cabeza antes de contestar.

—Está en la plaza del pueblo, intentando calmar os ánimos. Puede usted encontrarle allí.

Henrich no se detuvo en el hotel ni un instante más. Velozmente, dirigióse al centro del pueblo. Al llegar a la plaza, le sorprendió el gentío que la ocupaba casi totalmente. En el centro de aquella agitada masa humana, la alta estatura del comisario se destacaba claramente.

Henrich se abrió paso a codazos por entre aquella compacta masa de gente. Su llegada fué comentada desagradablemente, ya que todo el' mundo le conocía como prometido de la hija del profesor.

—¡A muerte los asesinos del castillo de Landsberg!

—¡Hay que quemar a los inventores de máquinas diabólicas!

El ambiente no podía estar más enrarecido. Las miradas brillaban cargadas de odio y los puños amenazadores se cerraban muy cerca del rostro del periodista. Este, con la frente alta y sin dejar de devolver mirada por mirada, llegó sin novedad, hasta el lugar en el que el comisario hacía lo posible por calmar los excitados ánimos de los hombres del pueblo.

—¡Quisiera hablar un instante con usted, herr comisario!

—Sí que ha escogido un buen momento—replicó el otro.

—No hay más remedio. Necesito comunicarle algo importante y este es el único instante inevitable…

La gente, en derredor de los dos hombres, guardaba un completo silencio esperando lo que iba a decir aquel periodista que, para ellos, era otro Freuding y que, por lo tanto, estaba al alcance de su rabia. Si intentaba convencer al comisario de la inocencia del profesor, lo matarían allí mismo.

—Anoche—empezó a decir Henrich en voz lo suficientemente alta para que todos le oyesen—abandoné el castillo, después de haberme enfadado con el profesor, ya que éste, tras

el accidente del lago, no deseaba, como yo le decía; destruir el monstruoso robot.

—¡A muerte el profesor! —interrumpieron los más excitados.

Wolfgang hizo un gesto con la mano, reclamando silencio. Cuando éste se hizo:

—Yo propongo—siguió diciendo—que vayamos en busca del robot y que lo hagamos pedazos. Pero no hay que olvidar que el comisario tiene razón al impedirnos ir al castillo para tomarnos la justicia con nuestra mano sobre la persona de Freuding. Este tendrá que responder ante la ley de lo que su horrenda máquina ha hecho. Lo que más nos interesa ahora es destrozar ese hombre-mecánico. Así, por lo menos, lograremos que no ocurran más desgracias en Landsberg—alzó aún más la voz—. Ya sabéis todos que soy el prometido de la hija de Freuding. Enma no tiene culpa alguna de lo que ocurre y yo estoy dispuesto a matar al primero que intente hacerle algo. Ya veis que no puedo ser más sincero. Y, por serlo, me duele tanto como a vosotros, las inocentes víctimas de la locura del profesor. Yo, si no me sigue nadie, voy a ir en busca de esa demoníaca máquina y no cejaré hasta verla a mis pies reducida a pedazos. Estoy seguro de que el robot se encuentra aún en el bosque del otro lado del castillo y voy a ir allí a buscarlo. Nadie o ha vista, pero sé que posee una fuerza horrible. De todos modos, voy a solicitar del comisario que me dé armas y algunas bombas de mano. De esta manera, podré combatir con el monstruo en una cierta igualdad con él. Si hay alguno que desee acompañarme, podremos lograr encontrarle mucho más fácilmente. Organizaremos una batida y le cazaremos donde sea...—se volvió hacia el comisario—. Sólo nos resta obtener su autorización, herr Scneider.

El policía, con el entrecejo profundamente arrugado y fruncido, meditaba lo que acababa de oír. Luego, hablando con fuerza:

—¡Accedo a la proposición del señor Wolfgang! Pero, advierto a todos que aquel que se acerque al castillo, con ánimo de tomarse la justicia por su mano, será muerto por los hombres que voy a colocar para que vigilen el edificio.

Un grito clamoroso brotó de todas las gargantas.

¡Viva el comisario! ¡Viva herr Wolfgang! ¡A la caza del monstruo!

Las armas fueran distribuidas en un santiamén. Un grupo de diez campesinos se acomodó en el coche del periodista que iba a marchar rápidamente hacia el lado del bosque en el que se presumía estaba el robot. El resto, igualmente armado, iría, por sus propios medios, a reunirse con el grupo de vanguardia, a cuya cabeza iba Henrich.

Todos parecían ahora haber olvidado sus agravios ante la idea de destrozar, con sus propias manos, aquel horrible engendro salido de las manos del profesor y que pronto se convertiría en un montón de hierros retorcidos, haciendo des-aparecer la horrible amenaza que representaba en libertad.

Ante el programa de una destrucción, el corazón de los campesinos de Landsberg había prontamente olvidado todo. La perspectiva de aquello emocionante cacería y los recuerdas que de ella iban o guardar durante toda su existencia, les complacía de una manera absoluta. Fue así, henchidos de gozo, que se dirigieron al bosque, apretando sus armas con fuerza y deseando que también la curiosidad que representaba una no pequeña parte de su estado de ánimo—cuanto antes aquella diabólico creación de cuyo aspecto se hacían las más fantásticas y disparatadas cábalas.

El "Mercedes" de Wolfgang, atiborrado de labradores armados, corría por el camino que circundaba el profundo valle delimitado por las al-tos montes repletos de espeso bosque Después de media hora de camino, no habiendo logrado una velocidad superior a los treinta kilómetros por hora, debido al estado caótico de! piso, el vehículo se detuvo al pie de una ladera. Cincuenta metros más arriba estaba situado el arroyo en el que las desdichadas jóvenes habían sido sorprendidas por la horripilante presencia del robot asesino.

lnmediatamente, Henrich desplegó sus fuerzas. Pero, antes de qué los hombres se separasen, creyó necesario dar algunas instrucciones para evitar una catástrofe que, indudablemente, se produciría si cada uno obraba por su cuenta y riesgo.

—No olvidad—explicó—que el robot posee la fuerza de cincuenta de nosotros. Además, está dotado de aparatos muy precisos por os que se puede decir que "oye" y "ve" mucho mejor que nosotros. En el momento que alguien lo vea, debe detenerse en el sitio en que esté, evitando que el hombre-máquina se percate de su presencia. Cuando esté seguro de ello, avisará al resto, con tres silbidos prolongados y no atacará hasta que estemos todos reunidos. ¿Está claro?

Todos manifestaron su acuerdo

Seguidamente se dispersaron, en parejas, y la más formidable caza de que pudiese hablarse en la historia del mundo, dio comienzo.

* * *

De un movimiento rápido, el profesor Freuding evitó el ataque del robot. Conociendo el sistema de "radar" que guiaba los impulsos del monstruo, procuró colocarse en uno de los lugares en el que las radiaciones de "radar" sufrían un especie de ángulo muerto.

El tremendo hombre-electrónico se había detenido y, casi inmediatamente, su larga antena de televisión; empezó a surgir de lo alto de su enorme cabeza metálica. Al mismo tiempo, éste inició un giro completo.

"Me quiere ver"—pensó. Freuding.

Esperó nervioso que la antena se desplegase por completo y cuando esto ocurrió, de un poderoso salto, colocose en pleno campo de visión para él sistema "radar" y de televisión del robot. Conocía perfectamente el proceso que se realizaría en el interior de aquel mecanismo, desde que su imagen fuese captada hasta que los "micro-films"—que eran la memoria del hombre-máquina—le proporcionasen la "verdadera identidad" del hombre que tenía enfrente.

Freuding estaba bastante tranquilo a ese respecto porque sabía que al mismo instante en que su imagen fuese "conocida" por el monstruo, se desencadenaría un proceso "ideativo" asociado a lo sensación de respeto y temor que había tenido buen cuidado de asociar a su imagen. Recordaba perfectamente las relaciones de cables que producirían temor cuando su figura fuese correctamente conocida por el mecanismo electrónico del robot.

Así ocurrió en efecto. Unos segundos más tarde, cuando la reacción en la que pensaba Freuding se produjo, la luz frontal fué perdiendo su tonalidad rojo y tomando un color cada vez más intensamente azul.

Completamente satisfecho, Freuding se fué acercando al robot teniendo sumo cuidado en quedar al alcance de la antena de “radar” para evitar que la sensación que había despertado en el hombre-mecánico no desapareciese.

—¿Quién soy yo? —inquirió con voz tonante.

Su voz, después de atravesar los orificios "auditivos" de la máquina, fué analizada y comparada con los cientos de miles de palabras almacenadas en los centenares de cintas magnetofónicas que constituían la "memoria de sonidos" del robot. Instantes más tarde, una voz neutra, como la que suele salir de los gramófonos:

—El profesor Freuding... Yo obedezco... El manda... El es el dueño...

Para el sabio, todo aquello no era más que mecánica pura. Y debía haberlo sido siempre si aquel hombre de acero no hubiese demostrado, de una manera altamente trágica, que poseía algo que en sus congéneres presentados en diversos congresos de cibernética, era sencillamente inconcebible: UNA PERSONALIDAD.

Por tal causa, el profesor obraba con sumo cuidado, insistiendo para que la memoria elec-

trónica del robot asociase definitivamente la personalidad de su "dueño" y le obedeciese fielmente. De todas formas, la empresa tenía su peligro, ya que, por desgracia, el hombre mecánico poseía algunas asociaciones desconocidos por el propio Freuding—ya que se trataba de "contactos" que se habían realizado después de cerrar el esqueleto metálico del robot—y que podían causar anormalidades como las dos huidas del castillo y los crímenes que había cometido el monstruo.

—Yo obedezco... Yo obedezco...

Hasta aquel momento, las cosas parecían ir de bien en mejor. La idea se estaba anclando profundamente en el robot, lo que quería decir y demostraba que las conexiones, por aquella parte del mecanismo, no habían sufrido modificación alguna.

—Vamos a volver al castillo... ¡Sígueme!

¯Vamos a. volver al castillo... Yo obedezco y seguiré al profesor Freuding... Yo obedezco...Vamos a volver al castillo…

Efectivamente. Apenas el sabio empezó a caminar, el enorme metálico le siguió los pasos.

Era algo fantástico ver aquél gigantesco monstruo brillante que seguía al pigmeo, que era a su lado, el profesor Freuding. Lentamente y procurando mantene[r]se en la zona captada por la antena, el sabio empezó a descender la ladera que tan ansiosamente había subido por la noche. Detrás de él, los fuertes pasos del robot sonaban con la intensidad que lo hubiesen hecho medio centenar de personas. Las ramas de los árboles saltaban hechas pedazos a su paso, ya que el profesor no podía elegir el camino que, estando solo, hubiese seguido el hombre-electrónico.

A veces y cuando el sol estaba a la espalda de aquella singular pareja, la sombra del robot se proyectaba como algo formidable que impresionaba a su propio creador. Este, [p]rofundamente ensimismado, intentaba, de nuevo, explicarse la anormalidad mecánica que había hecho del hijo de su inteligencia algo que poseía una manera propia de obrar. Por un lado, estaba profundamente arrepentido de la catástrofe que había producido la corta libertad del robot. Pero, dominando de una manera absoluta sus sentimientos humanitarios y apagando la llama de sus sentimentalismos, la realidad del problema científico que todo aquello le planteaba, era la única cosa que le estaba proporcionando una emoción intensa.

El haber logrado crear una criatura que, desde muchos puntos de vista, podía ser llamada "viva¨ era algo tan intensamente grandioso que los latidos dé su corazón se aceleraban' cada vez que pensaba en ello. ¡Si hubiese logrado orientar aquel ser hacia una conducta moral! Pero, desgraciadamente, aquella posible avería interna, había provocado una conducta criminal en una máquina que Freuding deseaba dedicar al bien de la humanidad.

La ladera finalizaba y ya entre las frondosas ramas de los árboles, la silueta del castillo de Landsberg se distinguía a veces. Freuding se dedicó a pensar en qué clase de explicaciones debería dar a la policía para evitar que le quitasen el robot. Estaba dispuesto a sacrificar la cantidad de dinero que le pidiesen—para compensar a las familias de las víctimas—; pero jamás consentiría que nadie pusiese su sucia mano sobre su aparato.

El robot, al llegar al llano, ya ante el castillo, levantó la cabeza, mientras su antena de televisión se orientó hacia el edificio. Inmediatamente, su complejo mecanismo interior se puso a trabajar intensamente mientras las imágenes fotográficas y los recuerdos impresos en ellas, se asociaban o una velocidad fantástica.

De repente, su impresionante voz sacó al profesor de su ensimismamiento.

—Castillo... Aparato malo... Dolor... ¡Huir...! ¡Huir...!

Casi en aquel instante mismo, el hombre-eléctrico, volvió la espalda al sabio, empezando a marchar, de nuevo, hacia la ladera.

Freuding, aterrado, gritó llamándole, pero el monstruo seguía huyendo cada vez más

deprisa. Sin que su acción brotase de razonamiento alguno, el profesor corrió en pos del robot y gracias a una aceleración que el otro no había logrado aún, logró alcanzarle situándose ante él con los brazos en cruz.

—Alto... ¡Soy el profesor Freuding, tu dueño al que debes obedecer...! ¡Te ordeno que te detengas…!

Efectivamente, el hombre-mecánico se paró en seco. Luego, permaneció unos instantes inmóvil mientras parecía "digerir" las palabras que le había dirigido el sabio. Después y al tiempo que la luz frontal, que hasta aquel momento había sido azul, se enrojecía, avanzó velozmente contra el hombre.

—¡Profesor Freuding enemigo...! ¡Matar...! Yo... Yo... ¡Matar...!

El sabio intentó esquivar la agresión del Monstruo. Pero, todo cuanto hizo fué inútil. El "radar" y la televisión del robot estaban concentrados sobre él como los mil ojos de un enorme y gigantesco insecto. Nadie había logrado escapar de aquella horrorosa sed de ondas que Freuding había creado para su propia ruina.

La mano derecha del robot le alcanzó en pleno rostro. Fué algo así como si hubiese sido aplastado por una de las enormes roca que adornaban lo alto de las montañas. El cráneo estalló como un fruto demasiado maduro y la masa encefálica del profesor Freuding, aquel cerebro privilegiado que había conseguido llegar hasta donde nadie lo había hecho, saltó salpicando los troncos de los árboles próximos...

Al mismo, tiempo, un alarido infrahumano llegó hasta las almenas del castillo.

* * *

Desde la terraza bordeada de almenas Enma había tenido la desdicha de ser testigo de la horrenda muerte de su padre.

De momento y después de lanzar el grito de agonía que fué la única manera de expresar su horror, la joven se desvaneció. Sin embargo, se recuperó rápidamente, queriendo por un claro instinto que le impelía a tomar contacto con la terrible realidad.

De cuatro en cuatro, bajó los escalones de la escalera de piedra que, exteriormente y por orden del profesor, se había construido para facilitar el descenso directo desde la terraza almenada hasta los linderos del bosque que tocaban con la parte posterior del castillo. Luego, una vez abajo, corrió velozmente hacia el lugar en el que yacía el cuerpo de su padre, lanzándose sobre él en un abrazó con el que hubiera deseado arrancarle de las gélidas garras dé la muerte.

Durante un cierto tiempo, se mantuvo allí sin que su mente pudiese ocuparse de cosa alguna, invadida por un dolor que aniquilaba cualquier pensamiento. Después, lentamente, su imaginación inició un trabajo lógico y al llegar a las conclusiones a las que le condujeron sus ideas, coligió inmediatamente el peligro que significaba la libertad del monstruo que había costado la vida del profesor Freuding.

Sin analizar las emociones que la embargaban y pensando solamente en librar a la región de la presencia horrible del robot, sé irguió y sin sentir miedo alguno, como si se hubiese convertido su naturaleza femenina, fundiéndose en un sólido molde de voluntad férrea, siguió los pasos del robot que se habían marcado sobre la tierra como las huellas gigantescas de un fantástico habitante de alguna región alejada del espacio.

No sabía en absoluto como se arreglaría para dominar al hombre-eléctrico al que solamente) había visto en la horripilante visión, siempre confusa, que había precedido a la muerte de su padre. Pero, ahora con la creencia firme en sus propósitos, caminaba tranquila y confiada en que, por algún medio, lograría que el robot no prolongase la cadena de sus tremendos crímenes.

Después de todo, se trataba de una máquina, de un aparato que el profesor había montado

pieza a pieza y, por lo tanto, de algo tan des-provisto de vida propia como su automóvil o la avioneta que le había regalado su padre en su anterior aniversario. Pensando así, sólo podía imaginar el accidente que acababa de sufrir el profesor, como algo semejante a cuando alguien se coloca delante de un coche o bajo la hélice de un antiguo avión a motor. Para ello, Freuding había, cometido un error que, debido a su edad y su distracción, podía ser perfectamente explicable. Igualmente debía haber ocurrido con los jóvenes pescadores que desearon divertirse con una máquina cuyo funcionamiento desconocían por completo,

Avanzaba rápidamente, dispuesta a demostrarse así misma que con cautela y sentido común podría vencer todos los obstáculos que se presentasen, ya que una máquina no dejaría jamás de serlo y que, por lo tanto, la superioridad de un ser humano ante ella, no podría dejarse sentir.

Hacia mediodía había alcanzado la cima del monte, siguiendo las huellas del robot. En realidad, aquella persecución se mostraba francamente fácil, ya que el hombre-mecánico no se preocupaba por escoger un determinado camino e iba destrozando muchas ramas de árbol, lo que constituía una magnífica pista.

Así pudo comprobar Enma que el robot había descendido por un valle lateral y que se encaminaba decididamente hacia el Oeste. Lo que no llegaba a comprender era la forma en que se orientaba el monstruo. Para ella, aquélla dirección seguida por el robot era el resultado de un azar en la que nadie intervenía. Así como un balón lanzado desde lo alto del monte, seguiría el camino más inclinado; por la más aguda pendiente, sorteando los obstáculos de la mejor manera posible, así se imaginaba Enma que el robot avanzaba por el camino más natural para algo que, aunque andaba como una persona, no podía pensar como ella.

Finalmente y cuando empezaba a descender hacia el hondo valle que se extendía a sus pies, la joven divisó al robot que estaba llegando, en aquel preciso instante, a la parte baja de la pendiente... La visión de aquel tremendo monstruo que parecía avanzar coléricamente con los brazos extendidos hacia los lados y destrozando los ramas de los árboles que pasaban a su alcance, la sobrecogió momentáneamente. Luego, reaccionando, pensó que el aspecto de aquel gigante no significaba menos que se trataba de una simple máquina cuyo tamaño no estaba en relación con nada que pudiese hacer estremecer a una joven inteligente como ella.

Por un atajo, que contorneaba la parte por la que nacía el valle, por cuyo centro corría bucólicamente un arroyuelo, Enma avanzó velozmente, llegando al otro lado del desfiladero mucho antes que el robot que había empezado una lenta ascensión por la pendiente que conducía al lado en el que se hallaba la joven.

Esta, decidida a hacer frente al hombre-máquina, le esperó sentada junto al tronco de un enorme árbol. Poco a poco, empezó a oír el espantoso ruido que el robot producía al desgarrar las ramas de los árboles. Era como un rugido espantoso que se aproximase y la joven hube de hacer acopio a toda su sangre fría para, no huir despavorida de aquellos solitarios lugares.

Si algo la mantenía en su puesto, era la sola idea de dominar a aquel monstruo y llevarlo al castillo o al poblado para que alguien lo desmontase definitivamente. Era la única forma de vengar la muerte de su padre, haciendo desaparecer al "asesino" para siempre.

Los pasos del hombre-electrónico se iban acercando. Finalmente y después que la mirada de la muchacha se quedó clavada en unas ramas que caían arrancadas de cuajo, la gigantesca figura del robot apareció ante ella...

Durante unos instantes, el hombre-máquina se detuvo como si presintiese la presencia de Enma. Luego, su larga antena brotó de su brillante cráneo, al tiempo que su cabeza giraba en di-dirección al árbol a cuyo pie seguía sentada la muchacha. Rasaron así unos minutos que parecieron a Enma como largos siglos de una interminable espera. Por fin y con un paso mesurado, el robot avanzó hacia ella, deteniéndose a menos de dos metros de donde se encontraba.

La hija del profesor sintió perfectamente cómo sus cabellos se erizaban. El corazón pareció paralizarse por completo, y la fuerza la abandonó de una manera instantánea. Ahora, encontrándose .ante el monstruo, se percataba, aun-que demasiado tarde, de la locura que

había cometido. Nada ni nadie podría salvarla de las garras de aquel horror que ahora se inclinaba suavemente hacia ella.

Aterrorizada, aplastó su cuerpo contra el tronco del árbol. Sus desorbitados ojos no podían, sin embargo y, a pesar del pánico que la dominaba, separarse ni un solo instante del "rostro" del robot, en cuya frente lucía, en guiños vertiginosos, una lámpara de la que irradiaba una especie de verdadero arco iris...

—¡Mujer...! ¡Mujer...! Ma...

Se estaba formando la terrible asociación; la misma que había causado lo muerte a las jóvenes lavanderas. De repente, la luz multicolor pareció cargarse de intensidades crecientes de tono azul.

—¡Mujer...! Freuding... Yo... Yo...

La imagen de la joven, por una misteriosa asociación de cualquier causa, había sido comparada con la del profesor. Quizá las emanaciones de su organismo, que el robot era capaz de percibir, le habían llevado a la maravillosa conclusión que le condujo a la realidad familiar de Enma.

Esta, muerta de miedo, no podía, sin embargo, escapar a la maravilla que tenía ante sí. Nunca hubiese podido concebir que la máquina creada por su padre era capaz de expresarse, de reconocer, de calificarla como mujer y de...

—¡Mujer Freuding...! ¡Profesor... muerto! Mujer... ¡Yo amar mujer Freuding...!

Lo imposible se había producido.

Y LO IMPOSIBLE SE PRODUJO

POR un momento, Enma cerró los ojos creyendo, indudablemente, que estaba soñando. Todo lo que acababa de oír, de la voz impersonal del robot, le parecía llegar de una fantástica región onírica en la que se mantenía aún, entre las espesas brumas que cubrían su mente.

Durante mucho tiempo, nunca supo cuanto siguió escuchando las palabras que incesantemente repetía el hombre-mecánico. Fué gracias a aquella reiteración que el concepto de la realidad se fué imponiendo en su cerebro, convenciéndose finalmente que no soñaba. Por ello, al volver a abrir los ojos y encontrarse con, aquella descomunal cabeza, que tenía de todo menos de humano, un tremendo escalofrío le recorrió la espalda.

Forzando su imaginación y haciendo acopio de toda su sangre fría, que la impelía a razonar sinceramente lo que estaba ocurriendo, la joven llegó a la conclusión de que algo, dentro del mecanismo del robot, se había estropeado para que la ridícula y fantástica declaración de amor brotase de las ranuras que servían de boca a aquel monstruo. Tal idea la hubiese llegado a divertir si, cada vez que contemplaba al hombre-electrónico, no sintiese un odio profundo a aquel 'extraño mecanismo que había matado a su padre.

De todas formas, nada podía hacer, por el momento, que violentase la reacción del robot, ya que lo que perseguía era, de cualquier manera, aniquilarle. Consideró, sinceramente, su papel disponiéndose llevarlo a cabo ,fuese como fuese, puesto que el objetivo que se había propuesto no era otro que el de dejar al invento del profesor Freuding fuera de cualquier actividad que siguiese representando el peligro inminente de muerte para los seres humanos de la región.

Enma, desdichadamente, estaba muy por bajo de la formación científica que era necesaria para comprender la reacción que, en aquel momento, experimentaba el hombre-electrónico. Si el pobre profesor Freuding hubiese estado presente, la tranquilidad de la joven hubiera desaparecido como por encanto. Porque la realidad del nuevo "sentimiento" que se había

producido en aquel organismo de metal era' algo tan fantástico que ninguna mente humana no hubiese podido ni concebirlo.

La obra del doctor Freuding; aquel gigantesco robot, había sido concebido con altas miras de perfección y de su tremenda complejidad podía esperarse todo. Millones de conexiones, cientos de miles de cables, docenas de miles de complicadas asociaciones y un repertorio sobre los conceptos humanos, en "micro-films y "cintas magnetofónicas", recogidos por Freuding del Museo de la Humanidad de New York, había convertido a su criatura metálica en algo tan tremendamente complicado que nada, desde un punto de vista "posible", podía extrañar.

El "cerebro" del robot había sido dotado de todo cuanto sabía y sentía el hombre. Sólo el alma le faltaba paro convertirse en un ser "humano". Pero, en el loco atrevimiento de la ciencia, quizá aquel demoníaco ensayo, tan completo e incompleto a la vez, se había rebasado el límite normal de lo que se podía intentar, pasando a un terreno en que las potencias del Maldito empezaban a actuar.

¡Un ser dotado de inteligencia, de raciocinio, de memoria y SIN ALMA!

Nada más diabólico podía haberse concebido. Y, por ello, el robot tenía una espantosa semejanza con algo cuya sola idea hace estremecer. En los recónditos lugares de su organismo, allí donde la inteligencia "electrónica" era capaz de copiar fielmente toda clase de sentimientos humanos, se había producido, por una serie de "asociaciones" gráficas el vago concepto del amor. Y, aunque cueste mucho imaginar tal cosa en una máquina, ha de creerse porque el profesor Freuding colocó en su invento todo lo que el hombre podía sentir o saber.

Quizá, en el intrincado sistema de conexiones, con las que se quería copiar el cerebro humano, se había producido, por vez primera en una máquina, una extraña sensación que no podía compararse, en modo alguno, con el amor humano. Era, esa es la verdad, una ridícula parodia mecánica; pero, que no por eso, dejaba de ser una realidad palpitativa, un horrible resultado, nacido de la ambiciosa idea de la ciencia, cuando ésta traspasa los límites de lo instituido por Dios.

El robot sentía "algo" hacia la joven. Era una vago representación de lo que llevaba en su interior, una necesidad imperiosa que acababa de aparecer en su mecanismo, cuando el concepto "amor" llegó a lo que podría llamarse "conciencia actual" del hombre-mecánico. Así como lo idea de la muerte, de la agresión y de la huida habían tomado carta de naturaleza en él, aquella palabra; aquel concepto, asociado mecánicamente a los de salvaguardia, cuidado, delicadeza y protección, constituían lo que el profesor había colocado en su interior.

Todo, naturalmente, no era más que reacciones mecánicas, automáticas, cálculos al fin, como los que realiza un cerebro electrónico con su compleja maquinaria. Así como en esta clase de aparatos se puede obtener la solución de complicados enigmas matemáticos, se había producido en el robot, cuando la palabra "amor" se presentó un cotejo de ideas, colocados en la misma cinta magnetofónica y asociados a percepciones por el "radar" y la televisión, que desencadenaron en él lo que antes había sido inscrito en su "memoria".

Siguiendo las reacciones de sus mecanismos, el robot realizó lo que hubiese hecho un simio al que se le hubieran 'enseñado tales cosas. Su mano derecha se posó suavemente sobre la cabeza de la joven, realizando algo que recordaba vagamente una caricia. La ternura, la suavidad y la delicadeza de los movimientos, provenían del trozo de memoria electrónica que estaba influyendo en aquel momento al robot.

A pesar de que la tranquilidad la iba ganando por momentos, Enma no podía escapar al temor de que por cualquier causa nimia, aquella especie de protección que el robot manifestaba hacia ella, no se convirtiese en lo contrario. Porque exactamente en aquel momento la joven se dispuso a dar el paso definitivo para llevar a cabo el plan que la había llevado a aquella peligrosa aventura.

—Quiero ir al castillo—dijo en voz alta.

El hombre-electrónico guardó silencio durante un rato demasiado prolongado. Parecía como si luchase interiormente y el tono cambiante de su luz frontal atestiguaba por aquel

combate que sostenía en medio de ¨conceptos" que le producían resultados completamente distintos. Finalmente:

—No ir castillo... Miedo... Aparato profesor Freuding... ¡Malo...! Venir conmigo... Lejos...

Y antes de que la muchacha pudiese percatarse de lo que la ocurría, el robot la tomó en sus brazos, empezando a ascender por la pendiente que, no hacía mucho tiempo, había bajado Enma.

* * *

Henrich y los campesinos armados proseguían su camino, atravesando el bosque de un lado a otro.

Estaban rastreando los posibles senderos que podía haber seguido el robot y cuando empezaron a encontrar las huellas del paso violento del hombre-electrónico, se enardecieron doblemente , aumentando su marcha, impelidos por el ansia de acabar de una vez para siempre con aquella especie de terrible pesadilla.

A partir del momento en que pudieron orientarse, siguiendo las huellas dejadas por el robot, la búsqueda se redujo a aumentar la marcha, reuniéndose entonces en grupo para poder atacar en el mismo momento en que le apercibiesen.

De todas formas, hubieron de caminar cerca de tres largas horas, acuciándose los unos a los otros, pues la fatiga empezaba a dejarse sentir en sus cansados cuerpos. Sólo la idea de encontrarse con el robot, les empujaba rabiosamente, haciéndoles olvidar el cansancio físico.

Por fin, las huellas empezaron a ser, cada vez, más frescas, más recientes. Y, últimamente, al pasar un diminuto valle y empezar el as-censo de una pendiente no muy áspera, descubrieron al gigantesco hombre-electrónico que tenía a su lado la grácil figura de una joven.

—¡Allí está!—gritó uno.

Wolfgang se adelantó curiosamente, seguido de los campesinos para poder ver lo que tanto deseaba, la maravillosa obra del profesor Freuding. La enorme estatura y la tremenda fortaleza del robot, le causó la misma sorpresa que a todos los campesinos que observaban con los ojos muy abiertos aquella creación de una ciencia que había ido demasiado lejos.

Pero, de repente, tanto¸ la mirada de los labradores como la del periodista se clavaron en la diminuta figura que estaba junto al monstruo. Durante unos segundos, mientras hacía' esfuerzos para reconocerla, su rostro no era muy visible desde la distancia que les separaba de ella, permanecieron en silencio. Luego, al unísono, la misma exclamación brotó de todos los labios.

—¡Es Enma Freuding!

Henrich sintió que la tierra se movía bajo sus pies y hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano para no derrumbarse pesadamente.

—¡Ese monstruo la ha raptado!—gritó.

Nadie repuso por el momento a su exclamación dolorosa. Pero en los ojos de algunos campesinos, una maliciosa luz empezó a brillar cada vez con más intensidad... Luego, uno de ellos, se volvió hacia sus compañeros.

—¡Es ella la que le guía, amigos míos! Ya decía yo que era imposible que una máquina se moviese por un bosque que no conocía. Esa perra es aún más culpable que el hombre de hierro de lo que ha ocurrido. ¡Mueran los Freuding!

—¡Mueran!—corearon todos.

Henrich cerró los puños con tal violencia que se hizo daño. Luego, echándose el rifle a la cara, apuntó decididamente al grupo de rencorosos campesinos.

—¡Ya os advertí que el primero que intentase tocar a mi prometida le mataría! ¿Es que os

habéis vuelto locos? ¿No comprendéis que ha sido el robot quien ha raptado a la joven Enma? ¿O es que la creéis una criminal?

Las miradas de los campesinos estaban cargadas de amenazas. Uno de ellos, sin que el periodista pudiese apercibirse, desapareció por entre las frondas del bosque.

—¡Debemos empezar a disparar ahora mismo centre ese monstruo!—gritó uno de ellos.

—¡No lo haréis mientras la señorita Freuding se encuentre junto a él! Si queréis esperarme, yo me acercaré y cuando haya huido con ella nos lanzaremos al ataque. Yo enton...

El campesino que había logrado burlar su vigilancia, le golpeó con la culata de su rifle. Henrich, con un ronco gemido, se desplomó pesadamente en el suelo.

—¡Vamos a atacar!—gritaron unos cuantos.

Abandonando el cuerpo inmóvil del periodista, los campesinos empezaron a avanzar hacia el lugar en que se encontraba el robot. Iban inclinados, con las armas dispuestas y deseando empezar a hacer fuego. Pero, prudentemente, esperaron a que la distancia que les separaba de su objetivo, disminuyese lo suficiente para no poder error el tiro.

—¡Apuntad a la cabeza! —sugirió uno de ellos.

Abriéndose en un semicírculo, lograron casi rodear al monstruo. Este, erguido como una brillante torre de metal y con la antena fuera, movía su cabeza hacia todos los lados. Era seguro que había sentido la presencia de algo que, no estando a la vista de su antena de televisión, desconocía aún. Pero las finas membranas dé sus registradores de sonidos habían captado el ligero arrastrarse de sus enemigos.

Inesperadamente, los disparos rasgaron el aire y los proyectiles empezaron a chocar con el cuerpo del robot. Las balas producían un agudo maullido al escurrirse contra la superficie pulida de su cuerpo.

El robot, que había permanecido inmóvil durante una corta fracción de tiempo, empezó a emitir una intensa luz roja por su lámpara frontal Al mismo tiempo, la vibración de su antena se hacía cada vez más frecuente. Era indudable de que la cólera se había apoderado de él al percatarse, en una de sus asociaciones internas, de que estaba siendo atacado. Por el momento y sin poder descubrir aún la situación exacta de sus enemigos, se limitaba o lanzar en su derredor las ondas de "radar" y televisión en busca de los que se ocultaban.

Repentinamente empezaron a llegar hasta él las primeras impresiones ciertas de un grupo de cuatro campesinos que se hallaba oculto tras un agreste matojo de una planta espinosa. Entonces, y como una verdadera locomotora rugiente, el robot se lanzó hacia aquel lugar a una velocidad tremenda.

Los campesinos iniciaron uno huida que, para su desgracia, fué demasiado lenta. Antes de que pudiesen separarse una veintena de metros del lugar que les había servido de escondrijo, las largas manos del hombre-mecánico, que éste movía como gigantescas aspas de molino, les golpearon, al pasar el monstruo junto a ellos, lanzándolos al espacio con el rostro y el tórax aplastados y deshechos por completo.

El resto de los campesinos, observáron con horror aquella espantosa escena y se percataron quizás demasiado tarde, de la potencia desmesurada de un enemigo que no habían sabido valorar en su-justo punto. Ahora se daban cuenta de que las armas que tenían en sus manos, eran mucho menos eficaces de lo que habían creído hasta entonces.

Sin embargo, uno de ellos, el que había golpeado a Wolfgang, presintió lo que ocurriría si llegaban a alcanzar a la joven. En su elemental imaginación, seguía culpando a Enma de todo cuanto ocurría y pensó, en su sencilla y equivocada lógica, que si ponían a la hija del profesor fuera de combate, el robot se encontraría desamparado, sin nadie que le guiase y, por lo tanto, a merced de los atacantes.

Uniendo la idea al acto, el campesino se arrastró hábilmente y mientras el hombre-mecánico buscaba entre los matojos a otras nuevas víctimas en las que saciar su odio inconcebible, llegó velozmente al lugar en el que la joven, con los ojos desorbitados por el terror, contemplaba aquella dantesca escena. De un salto, se apoderó de la muchacha y

amenazándola con el arma la instó a seguirle.

Pero, el robot, se había percatado de aquella maniobra.

A una velocidad escalofriante, salvó la distancia que le separaba del grupo. El campesino sintió que la sangre se le helaba en las venas, empezando a temblar con todo su cuerpo. Pero, su mismo terror, le impulsó, creyendo como siempre que aquel monstruo obedecía a la joven, a gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Ordénele que se detenga o la mato aquí mismo!

Enma, medio desvanecida ni oyó y, de la misma manera, no pudo responder a las palabras del hombre. Pero el robot había registrado perfectamente aquella amenaza y cuando ya sus potentes manos avanzaban en busca del campesino, su movimiento se detuvo, irguiéndose de nuevo mientras la luz roja de su lámpara frontal se tornaba azulada por instantes.

—¿Qué quieres que haga?

Al oír hablar a aquella monstruosa masa metálica, el campesino estuvo en un tris de desmayarse como ya le había ocurrido a la joven. Sus cabellos se erizaron sobre su cabeza y hubiese hecho el signo de la Cruz si no hubiese tenido ambas manos ocupadas.

Los otros campesinos, venciendo su miedo, pero incapaces de hacer uso de sus armas, se habían acercado un tanto y contemplaban, con los ojos desorbitados por el terror, aquella inverosímil escena que jamás hubiesen podido imaginar.

—¿Qué quieres que haga...? Te obedeceré si dejas en libertad a la señorita Freuding... Si la haces algo, ¡mataré!

Hubo un pesado silencio en el que se hubiese podido escuchar los latidos del corazón del campesino, que amenazaba salírsele del pecho. Su obtusa mente estaba bloqueada y hubo de esforzarse para encontrar una solución a aquella insostenible situación. Llevado por un sentido práctico e ignorando realmente lo que hacía, se dirigió al robot como lo hubiese hecho hacia cualquier criatura humana.

—Si abandonas esta tierra y no vuelves jamás a ella, dejaré a la señorita Freuding en libertad.

Para el hombre mecánico—y aquello era, precisamente lo que el labriego no comprendería jamás—todas aquellas palabras no eran más que conexiones en los millones de cables que lo poblaban interiormente. Su razonamiento, puramente mecánico y electrónico, no podía compararse, en modo alguno, con el del propio campesino.

—Yo obedeceré... Yo obedeceré...

Era bastante para el campesino, que se creía en presencia de algo sobrenatural, demoníaco, con lo que necesariamente y desde el punto de vista práctico estaba obligado a pactar.

—Está bien—repuso—aquí dejo a la señorita Freuding.

Y, uniendo gesto y palabra, dejó delicadamente el cuerpo de la muchacha al pie del árbol. Luego y convencido de su papel importante, se volvió a sus compañeros que le miraban con una visible admiración. El se podía mostrar satisfecho de haberse convertido en un héroe del que se hablaría en Landsberg durante muchas generaciones.

—¡Vámonos!—gritó con voz potente.

Se unió a ellos y sin dejar de volver la cabeza hacia el hombre-mecánico, empezaron a alejarse.

Casi inmediatamente, la luz azulada que brotaba de la lámpara del robot, como en un paisaje en el que el sol estuviese poniéndose, fué en una graduación cromática, no exenta de una cierta belleza, tornándose anaranjado para, finalmente, volver a ser intensamente rojo.

El cerebro electrónico de aquella extraña criatura había vuelto a "razonar" elemental y sencillamente. Al comprobar que Enma estaba junto a él y que sus enemigos se alejaban definitivamente, su ansia de matar le pareció como una compensación a la tensión medrosa que el campesino le había obligado a sentir.

Antes que los confiados campesinos hubiesen alcanzado el borde en el que se iniciaba la

pendiente hacia el valle, ya estaba el robot sobre, ellos. De la vida a la muerte no hubo más que un gesto de aquellas tremendas manos que reducían los cuerpos a una informe masa de carne sanguinolenta.

Así pagaron, su confianza y su pobre ignorancia los labriegos de Landsberg, que creían haber dominado lo fuerza del demonio.

* * *

Cuando Henrich volvió en sí, hubo de luchar, durante un largo rato, contra las nebulosidades que ocupaban aún su conciencia, hasta lograr enhebrar el hilo de los recuerdos y explicarse lo que había. ocurrida., Al hacerlo, sintió, primeramente, una sorda rabia por la estupidez de los campesinos y sus ideas simplistas que les había hecho creer que Enma era una especie de "domadora¨ bajo cuyo mandato se movía el escalofriante monstruo.

Luego, mientras se ponía en pie, recuperando rápidamente sus energías, sus pensamientos fueron hacia el profesor y la terrible locura de su ambición científica que le había llevado a una situación tan desesperada como aquella. No podía explicarse cómo Freuding había dejado que el robot se llevase a lo muchacha y pensó durante una corto fracción de tiempo, que algo debía haberle ocurrido al sabio, cuyo amor por Enma no podía negarse de ninguna de las maneras.

La urgencia del deber que tenía ante él, le obligó a dejar de preocuparse por cosas que más tarde o más temprano habría de conocer. Por el momento, lo que deseaba evitar era que los campesinos cometiesen la locura irremediable de atacar al robot, mientras tuviese a Enma en su poder y, por otra parte, lograr apoderarse de la muchacha, cuyo peligro en manos del monstruo, no se atrevía siquiera o imaginar.

Comprobó con rabia que su rifle había desaparecido y tuvo otro despectivo pensamiento hacia los labriegos que le habían desprovisto de su arma. Sin embargo, las cuatro granadas seguían colgadas de su ancho cinturón y aquello calmó un tanto el concepto que de su estado indefenso se estaba haciendo. Poniéndose en marcha, escaló el repecho que le separaba de lo parte alta del bosque y, casi inmediatamente, topó con los destrozados cadáveres de los campesinos que el robot había matado en última instancia.

—¡Desgraciados!—masculló entre dientes.

El cuadro tenía algo de dantesco y la vista de aquellos informes montones de carne, le hizo estremecerse. Luego, percatándose de que debía apresurarse y con ideas pesimistas sobre lo que podio haber ocurrido o la muchacha, avanzó rápidamente, encontrando nuevos cadáveres junto a unos espesos matorrales.

Venciendo la repugnancia que le causaba todo aquello, observó, con el corazón en el puño, si alguno de aquellos restos iba vestido de mujer.

La idea de que su prometida se hubiese salvado de aquella alucinante "masacre" no podía hallar una lógica cabida en su mente.

Finalmente, hubo de convencerse que, por fortuna, el cadáver de Enma no estaba entre los de los campesinos. Con un nuevo rayo de esperanza en el alma, el periodista inició la labor de encontrar las huellas que el robot hubiese dejado al marchar de allí. No tardó mucho en orientarse comprobando que el hombre-electrónico se había alejado a través de un estrecho desfiladero, delimitado por lisas rocas que formaban entre ellas, una especie de angosto pasillo por donde el robot había pasado de justeza.

Avanzó prudentemente y como había recogido uno de los rifles que yacían junto a los muertos, puso la bala en la recámara, empezando una marcha prudente hacia el interior del desfiladero. Mientras caminaba, su imaginación le iba planteando lo que debería hacer al encontrarse ante el monstruo. Que los campesinos habían disparado contra él, no cabía duda

alguna. Por ello mismo, se torturaba el cerebro para encontrar una forma que le permitiese vencer al robot del doctor Freuding y liberar a la joven.

Estaba dispuesto a perder la vida si era nece[s]ario. Su amor por Enma sobrepasaba en potencia cualquier otra idea egoísta y por liberar a la joven se disponía a realizar el sacrificio que hubiese de pagar.

Siguió avanzando, con una lentitud y un cuidado en el que la prudencia ponía todo el peso de su necesidad. Sabía perfectamente que un poso en falso le sería fatal y, sobre todo; ya no desde su punto de vista, sino desde el de Enma que estaría condenada a seguir a su raptor hasta que éste, en un movimiento de absurda furia, la redujese a lo que había reducido los cuerpos de los desdichados campesinos.

Ante aquella idea, Henrich tornó a estremecerse de arriba a abajo. Fué entonces, en medio del silencio que reinaba en el estrecho desfiladero, oyó claramente el llanto de una muchacha que no podía ser otra que Enma.

La sangre le subió al rostro con tal ímpetu que sintióse abrasar. Gracias a una voluntad férrea, dominó sus nervios, impidiéndose de lanzarse, sin más preámbulos a una desesperada lucha, frente a frente, con el hombre-máquina.

Pero su astucia triunfó plenamente en la corta lucho que se desarrolló en su cerebro. Tenía que seguir siendo prudente, muy prudente, pues estaba convencido que el combate que iba a realizarse, lo haría en contra de la fría inteligencia electrónica de un monstruo que, careciendo de, sentimientos y, por lo tanto, de miedo o de temor, tendría una enorme ventaja sobre él.

Arrastrándose, fué acercándose a una especie de recodo, al tiempo que los lamentos de la joven le llegaban con una creciente intensidad. Finalmente, cuando pudo asomar parte del rostro por entre dos agudas piedras, la escena que contempló le erizó los cabellos, produciéndole un temblor generalizado en todo el cuerpo.

Enma estaba sentada sobre una roca y con el rostro cubierto con las manos lloraba desconsoladamente. Junto a ella y arrodillado, el robot pasaba sus tremendas manazas sobre los negros cabellos de la joven como si realmente desease consolarla. Era algo tan peregrino, tan paradójico y tan inimaginable que resultaba un daño espiritual la contemplación de aquello que parecía haber brotado de la inteligencia plástica de un demente.

¡Un monstruo acariciando y consolando a una criatura humana!

Nada podía haber tan horrible, tan extraordinario como aquello. Había que verlo, corno lo estaba haciendo Wolfgang para poder asociar a una realidad indiscutible, algo que se hubiese rechazado como el producto de una pesadilla o mejor de la alucinación espantosa de un poseso.

Sin saber cómo, el rifle de Henrich abrió fuego contra aquella descomunal cabeza. Las balas chocaron con un maullido prolongado al ser devueltas por la fuerte superficie metálica. Sin embargo, una de ellas, hizo saltar la luz frontal del monstruo. Rápido como una exhalación, el robot se irguió de su enorme estatura y después de mover la cabeza—la antena se desplegaba a gran velocidad—se orientó respecto a la posición de su enemigo, lanzándose velozmente sobre él.

Henrich corrió a toda velocidad por el estrecho pasaje del desfiladero. Por el momento, no sabía lo que hacer ni cómo detener aquella masa imponente que le seguía. Detrás de él, .los rocas saltaban en gruesos pedazos a los golpes tremendos que daba el robot, molesto en su veloz carrera por la estrechez del pasaje.

Finalmente, Henrich, al sentir cada vez más cerca el ruido que producía el hombre-máquina al avanzar, consideróse definitivamente perdido. La idea de que aquella maldita invención de Freuding acabaría destrozando a Enma, le dio fuerza para intentar buscar una pronta solución a aquella desesperada situación.

Fué entonces cuando se acordó de las granadas...

Decidido a tentar la última posibilidad que la vida podía ofrecerle, se detuvo y, con movimientos de una acelerada rapidez, desposeyó de su seguro a la primera granada. Luego, deteniéndose, se volvió hacia el lugar por el que no tardaría en aparecer el monstruo de acero.

En efecto, el robot surgió como una indomable tromba metálica, braceando tremendamente y arrancando gruesos trozos de piedra cuando sus terribles manos chocaban con los pétreos muros del desfiladero... Como una visión de Apocalipsis, el hombre-electrónico se lanzó contra el enemigo.

Al explotar la granada bajo él, el robot se balanceó, deteniéndose en su carrera. Luego, otra y otra granada, cayeron sobre él. Entonces, mientras seguía braceando, su cuerpo descomunal se fué desplomando como una alta torre, una nueva torre de Babel que la loca ambición humana hubiese levantado bajo la pureza de un cielo repleto de promesas.

Entonces, una vez en el suelo, tendido como un moderno Goliat, su cuerpo empezó a arder, cada vez más intensamente, mientras su rostro iba deformándose y ennegreciéndose por efecto de lo combustión tremenda de su interior.

Sus brazos, en una horrible parodia de lo humano—el robot no había sido más que eso desde el principio—seguían moviéndose como, si en realidad, demandasen un imposible e inconcebible auxilio...

Henrich, sin saber exactamente por qué, se retiró precipitadamente, ocultándose detrás de una masa rocosa.

En aquel instante, una horrenda explosión sacudió, con mil ecos distintos el desfiladero. Durante un largo rato, aquel fenomenal trueno pareció seguir rodando por los lejanos ámbitos de la montaña. Luego, repentinamente, el silencio volvió a dejarse caer, como una espesa losa, sobre las cosas.

Él periodista avanzó entonces hasta el lugar en que había caído el robot. Un montón informe de humeantes trozos negros de metal era todo lo que quedaba de la espantosa creación del doctor Freuding. Parecía como si aquella máquina hubiese sido destrozada por el robot del Destino, mucho más fuerte que ninguno...

Henrich, pasando por encima de "aquello", corrió a toda velocidad hasta el lugar en el que había apercibido a su amada. Esta, pálida como una muerta, le vio llegar y, al reconocerle, abrió sus brazos corriendo a su vez hacia él.

Cuando sus labios se juntaron en un profundo beso, la Naturaleza pareció despertarse de la pesadilla en la que había estado hundida. Los pájaros reemprendieron sus trinos alegres y una brisa suave, que venía de lejos, movió las hojas de los árboles en una tonada maravillosa que era como un canto humilde de las cosas sencillas hacia su Creador...

UNA AMABLE CHARLA CON EL LECTOR

A MANERA DE EPILOGO

DESPUES de haber leído la historia del doctor Freuding y de su robot, muchos lectores, al estar acostumbrados a que los autores de novelas de Anticipación se permitan toda clase de fantasías, podrá tomar cuanto han leído por una fantasía más.

Y, naturalmente, no se equivoca.

Pero, no obstante, consideraría la obra inacabada, sin esta pequeña charla con los lectores que es como una deuda hacia ellos, en la que quisiera demostrarles que, a pesar de la fantasía, lo que está escrito tiene una cierta base de verosimilitud.

Vamos a verlo.

Imagínese que estoy hablando con usted, lector o lectora, y que, nada más terminar "El Robot del Dr. Freuding", se encara conmigo.

—No está mal, amigo Alan Comet; pero, me parece un poco exagerado que un robot, por muy complicado que sea, pueda llegar a experimentar emociones de tipo¸ humano.

—En efecto—respondo yo—. Aparentemente, las cosas que he descrito se salen un poco de lo posible. Sin embargo, desearía hacerle algunas preguntas.

—Las que usted desee.

—¿Sabe lo que es un robot?

—¡Naturalmente!

—¿Podría usted decirme lo que sabe de ello?

—En seguida. El robot es un ingenio humano destinado a realizar una serie de trabajos automáticamente, sin necesidad de estar sobre el. Esto le diferencia de la herramienta en la que el hombre forma parte directiva.

—Estupendo. Así es que lo que diferencia al robot de la herramienta es que el primero trabaja solo; en tanto que la herramienta debe ser manejada constantemente por el hombre.

Usted sonríe y sigue hablando.

—Por eso, la palabra robot, que viene del ruso: "raboti", que quiere decir trabajo.

—Veo que conoce perfectamente la etimología de la palabra

—Y no solamente eso. La ciencia de los robots;' la que se ocupa de su estudio, se llama Cibernética, palabra que quiere decir "yo gobierno

—¡Magnífico! Ahora entendemos perfecta-mente que el robot se gobierna á sí mismo.

—Perfectamente. Pero, todo esto, señor Alan Comet, no explica lo que usted ha escrito en su novela.

A eso vamos en seguido.

—Veamos.

—Usted sabe indudablemente lo que es uno máquina de calcular.

—¡Claro que sí! Y, si lo que quiere insinuar es que se trata de un primer ensayo de' robot, estoy de acuerdo con usted.

—Lo esperaba. Podemos entonces pasar a una nueva clase de máquinas.

—¿A qué se refiere?

—A los cerebros electrónicos.

—¡Ah!

—Habrá usted visto u oído qué esas maravillosas máquinas son capaces de calcular, a uno velocidad vertiginosa, problemas de alta matemático que los sabios tardarían cien o hasta mil veces más de tiempo en resolverlos.

—Es verdad. También sé que esos cerebros electrónicos realizan, por sí mismos los cálculos laborales de las más gigantescas empresas, llevando a cabo, en unas horas, la labor de cien contables durante un mes entero.

—Sí.

—Comprenderá usted, Alan Comet, que eso no es nada bueno para los contables.

—Le aseguro que lo siento, amigo lector. Pero, no estamos aquí paro discutir temas tan delicados. Sigamos con nuestros robots.

—De acuerdo, sigamos.

—Ya que parece estar usted muy enterado sobre los cerebros electrónicos, no ignorará que están hechos de miles de asociaciones electrónicas, que han sustituido, con ventaja, a los engranajes mecánicos de las máquinas calculadoras.

—Eso es exacto. Además, sin el avance formidable de la electrónica, jamás se hubiese logrado una perfección tan grande. La mecánica hubiera sido incapaz de tan tremenda complicación de mecanismos.

—¡Ahí hemos llegado!

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Nada, nada, querido lector! Voy a contestarle con una pregunta. ¿No ha visto usted jamás un cerebro electrónico "por dentro"?

—He de confesar que nunca he tenido la ocasión.

—¡Es una lástima!

Hay un silencio. Luego, usted, pregunto, o su vez.

—Y usted, Alan Comet, ¿ha podido verlo? —Por fortuna, sí.

—Y... ¿cómo es?

—Es difícil describirlo; pero voy a intentarlo. En realidad, no hay más que lámparas y cables: muchas lámparas y muchísimos cables. En algunos de ellos, las conexiones suman varios millones...

—¡Qué barbaridad!

Así es. Pero, su mayor o menor complicación no nos sacaría de dudas. Lo que deseo preguntarle ahora es una cosa. ¿Ha pensado usted, amigo lector, a qué se parece la estructura de un cerebro electrónico o de un robot?

—¿Es un acertijo?

—¡ Nada de eso !

—Pues verá usted..., no logro saber a qué se parece.

—¡Al cerebro humano!

—¿Es posible?

—En efecto. Los cibernéticos, esos señores que se ocupan de los cerebros electrónicos y de los robots; han imitado la estructura del cerebro humano, dando a sus máquinas una estructura lo más aproximada posible al órgano más noble del cuerpo humano.

—Y, ¿lo han logrado?

—En parte, sí. Naturalmente que no hay que confundir el noble empuje de estos sabios, con las absurdas manifestaciones de algunos malpensados y de otros ignorantes que afirman que el cibernético quiere llegará "crear" una especie de ser humano, deseando enmendar la plana al Creador.

—¡Pero, eso es absurdo!

—¡Y tan absurdo! No hay que confundir cerebro y alma, porque ambas cosas son esencialmente distintas; el cerebro no es más que materia, maravillosamente organizada, pero, al fin y al cabo, materia.

—Siga usted, Alan Comet, esto empieza a ser muy interesante.

—El cerebro humano es una especie de mecanismo que consta de dos cosas esenciales: los nervios que llevan información a la conciencia y los que, después de "comprendida" la información, realizan la respuesta adecuada.

—¿Podría ponerme algún ejemplo?

—Nada más fácil. Usted, leyendo una de mis novelas, distraído y emocionado, quiere, sin mirar, cojer el cigarrillo que ha dejado sobre el cenicero. Desgraciadamente, se equivoca y lo toma por el lado encendido. ¿Qué hace usted?

—¡Dar un salto!

—Así es. Usted retira velozmente su mano, al sentir la sensación de quemazón. Sin embargo, ***su cerebro no se ha enterado de nada***.

—¿Es posible?

—Lo es. Lo que ha ocurrido es muy sencillo. La sensación de calor excesivo ha llegado hasta cierto lugar de la medula que, automáticamente, ha ordenado un movimiento veloz para que usted no se siguiese quemando.

—¡Pero, yo he sentido que me quemaba!

—Eso ha venido después. Cuando usted ha retirado el dedo, ha empezado a sentir la sensación dolorosa. Pero, ***mucho antes de percibirla, su dedo se había retirado***.

—¡Es estupendo!

—Ahí tiene usted el funcionamiento de los robots más sencillos. Funcionan de la misma manera que su medula y responden a los estimulantes externos por medio de actos rápidos y'

automáticos llamados "reflejos".

—¿Algún ejemplo?

—Ahora mismo. La lámpara fotoeléctrica que suele colocarse en las puertas de los grandes almacenes, para que aquéllas se abran sin tocarlas, es un claro ejemplo de un "reflejo" electrónico. Cuando un cuerpo se interpone en el hilo de luz invisible de la lámpara, esta interrupción desencadena el mecanismo que abre la puerta. ¿Entendido?

— Perfectamente.

—Ahora bien. Uno vez logrados los "reflejos", llamados también "actos involuntarios", los cibernéticos se fijaron en que había otra clase de reacciones en el cerebro humano, mucho más complicadas e interesantes: los actos voluntarios.

—Algún ejemplo, por favor.

— Uno muy sencillo. Imagínese que está usted trabajando en una fábrica de piezas mecánicas; de tornillos, por ejemplo. Usted está en la sección de selección, ante un "tapis roulant" por el que pasan, ante usted, cien tornillos por minuto. Usted es un obrero especializado, un verdadero "as", capaz de reconocer, de una ojeada, los tornillos que no son defectuosos... ¿Me sigue usted?

—Perfectamente.

— Pero además, y en caso de que se le plantee alguna duda, usted tiene, en la mano un modelo perfecto con el que, en todo momento, puede comparar algún tornillo que, aparentemente, sea perfecto y que, sin embargo, no le convenza plenamente a usted.

—Entendido.

—En este caso, ya no ocurre como en el del cigarrillo. Aquí su cerebro, podíamos decir sus cinco sentidos, están pendientes del trabajo, en el que usted utiliza una serie de facultades, como son la atención, la inteligencia descriminatoria, el "ojo clínico", etc., etc.

—De acuerdo.

—El camino que siguen las sensaciones se ha complicado, en este caso, de una manera enorme. Usted ve el tornillo, lo compara con los perfectos, cogiendo o no, y da usted el visto bueno a los que van pasando por delante, arrastrados por la correa sin fin. Quede, pies, bien aclara-do que aquí interviene su parte más noble: la deducción y la inteligencia.

—Eso es.

—Ya no es, pues, un acto involuntario, sino voluntario, puesto que interviene la voluntad. Pues bien, he ahí lo conseguido por los robots complicados. Estos seleccionan tornillos, o lo que sean, ***con una mayor precisión que usted***.

—¡No lo creo!

—Sin embargo, es verdad. El robot no se equivocó nunca y, además, tiene sobre usted una indudable ventaja. ***No se distrae*** mientras trabaja, no piensa en la novia, en la última película o en el resultado de un partido de Liga, pensamientos que usted no puede evitar por muy buen empleado que sea.

—Eso es verdad.

—¡Pues no lo es! Y ahí viene la defensa de lo que he escrito en la novela. Los robots y los cerebros electrónicos ***fallan*** y hasta contraen enfermedades que, en el plano humano, habría que calificar de neurosis.

—¡Es increíble!

—Pues es así. A medida que la electrónica se complica más y más, logrando aparatos capaces de realizar labores más complejas y que exigen una especie de discernimiento que puede calificarse de humano, las cosas se complican y las "máquinas" empiezan a manifestar defectos sorprendentes. Se "fatigan", se "distraen", se "enfadan".

—¿Es posible?

—Posible y cierto. Por eso, nada puede extrañar en mi novela. El robot creado por el doctor Freuding era de una complejidad tal que "empezó a sentir y pensar por sí mismo". Naturalmente, que sus ideas no tenían nada que ver con el alma humana, ya que, después de todo, no era más que una máquina. Pero, sus reacciones llegaron a darle un aspecto

ciertamente humano, ya que llegó a "sentir" el amor y el odio de una manera elemental, pero por ello no menos cierta...

—Me parece haberle comprendido perfectamente. Según lo que me ha dicho, los robots, a medida que su mecanismo se complica, van poseyendo reacciones que los acercan, cada vez más, a nosotros, en cuanto o nuestras reacciones de tipo material. Naturalmente que, como usted dice, un robot no será capaz de escribir "La Divina Comedia" jamás. Pero, podrá llegar a complicarnos extraordinariamente la vida. ¿No es así?

—En efecto. Veo que ha comprendido perfectamente todo.

—Entonces, señor Alan Comet, estamos de acuerdo. Ahora su novela me parece mucho menos fantástica y bastante más verosímil. Sinceramente, le agradezco estas explicaciones.

—Soy yo quien les de las gracias por su atención, querido lector.

—De nada, amigo.

¡UN CONCURSO
QUE PONDRA A PRUEBA
SUS DOTES IMAGINATIVAS!

A partir del número 4 de ROBOT, se incluye en todos los que le siguen, hasta el húmero 7 inclusive, un Vale que servirá para optar al más original y emocionante concurso de todos los tiempos.

Usted no tendrá más que rellenar el presente Boleto, contestando a la única pregunta que en él se formula.

Editorial Mando desea agradecer la magnífica acogida que el público y sus numerosos lectores asiduos han hecho o la Colección ROBOT. Y deseando premiar a aquellos que sienten una especial afición por los temas del "futuro" y que se interesan intensamente por ellas, ha pensado adjudicarles aquello que más placer pueda causar a su afición por esta clase de literatura:

¡UN PRIMER PREMIO,
ORIGINAL COMO NINGUNO!

a aquel concursante que logre responder adecuadamente a la pregunta formulada, ***o que se aproxime más que ningún otro a ella,*** dando pruebas de una imaginación creadora, que le haga concebir, aunque sea aproximadamente, las ideas del autor, recibirá:

1.° Una localidad inmejorable ***para todos los estrenos de películas del futuro que se proyecten en la población en que habite y durante todo el año en curso 1955.***

2.° Además recibirá ***un abono de suscripción, completamente gratuito,*** de un año de duración, ***de la Colección ROBOT.***

Pero, para los menos afortunados...
se establecerán ***diez premios*** de consolación, consistentes en ***un abono de suscripción,*** de seis meses de duración, igualmente para la Colección ROBOT.

Estos diez premios serán repartidos entre los concursantes que logren aproximarse en la solución a la pregunta formulada.

¡APRESURESE A RELLENAR. EL BOLETO
DE RESPUESTAS!

Lea las condiciones de este original concurso en las páginas siguientes.

El presente concurso ha sido motivado por nuestro próximo número 8 de ROBOT, que con carácter de extraordinario saldrá a la venta en la fecha prevista, con el título de:

"LA HORA "H" HA SONADO"

El tema de esta apasionante novela de Alan Comet, en la serie de temas del "futuro", en que va apareciendo la Colección ROBOT, constituye un importante hito, ya que se trata de un fenómeno histórico, temido por toda la Humanidad.

¡LA TERCERA GUERRA MUNDIAL!

Cientos de preguntas se presentan a nuestro espíritu cuando meditamos sobre la inevitable catástrofe que se avecina...

Alan Comet, que la sitúa en agosto de 1999, nos hace vivir en apretadas y documentadas páginas, el espectáculo horrendo de una contienda en la que se juega el porvenir del mundo civilizado. Como en una época, ya perdida en la niebla del Pasado, las fuerzas de pesadilla del Este se lanzan, esta vez dotadas de todos los adelantos científicos, contra Occidente...

¿Será la TERCERA GUERRA MUNDIAL como la pinta el autor?

Hay que pensar en el formidable desarrollo técnico que estamos viviendo y que no cesará de incrementarse en los años con que acabará el siglo XX. Infinitos inventos irán viendo la luz en las cuatro décadas que nos separan de la fecha prevista en "LA HORA "H" HA SONADO". Y la imaginación debe ponerse crudamente a prueba para concebir cómo podría desarrollarse un conflicto bélico mundial, en las postrimerías del siglo, cuando ya se perfila el soñado año 2000.

Nuestra pregunta, aun siendo única, encierra positivamente serias dificultades. No obstante, con lo que existe actualmente podemos llegar a imaginar, con un pequeño esfuerzo, lo que ocurrirá entonces.

¿CUALES SERÁN LAS ARMAS EMPLEADAS EN
UNA HIPOTETICA TERCERA GUERRA MUNDIAL Y CUAL SERA LA QUE
PROPORCIONE LA VICTORIA FINAL?

Esa es nuestra pregunta.

Los lectores amantes de los temas del "futuro" los que dejan correr su imaginación por las páginas de los libros que forman la Colección ROBOT, moviéndose por lugares y acontecimientos fantásticos, repletos de belleza y de terror al mismo tiempo, habrán de esforzarse para contestar a una pregunta, en la que tendrán que hacer patente su fantasía y su

sagacidad.

En las páginas finales, además de su descripción en el texto, del ***número extraordinario de Robot***, encontrarán una detallada exposición de las armas concebidas por Alan Comet en su libro.

Ya no queda más que rellenar el adjunto boleto y enviarlo a

EDITORIAL MANDO
Avenido de Reina Victoria, 23
MADRID

El resultado del concurso se hará público una vez se realice el correspondiente escrutinio. Además, y durante el tiempo necesario, ROBOT irá publicando, en números que sigan al extraordinario, los nombres de los afortunados vencedores del concurso.

Este no quedará, en ningún modo, desierto, ya que se escogerá la solución más aproximada.

Editorial MANDO

D. ……..
(nombre y apellidos) .

Domiciliado en ....., calle o

plaza .....núm .....:.,

cree que ***las armas que se utilizarán en una hipotética tercera guerra mundial, serán las siguientes:***

Y que la que proporcionará la victoria será:

Dirigir el siguiente boleto:

EDITORIAL MANDO

Avenida de Reina Victoria, 23

MADRID

Haciendo constar en el sobre:

"Para el Concurso de ROBOT"